

TRABAJO FINAL DE GRADO

El valor terapéutico de los Cuentos de Hadas en la clínica infantil

Monografía

Autor:

Ana Paula Duarte Garré

C.I. 4.859.971-8

Docente Tutor: Asist. Mag. Alfredo Parra

Docente Revisor: Asist. Mag. Erika Capnikas

Abril, 2022

Montevideo, Uruguay

Resumen

La siguiente monografía estudia el valor terapéutico de los cuentos de hadas en el marco del desarrollo psicológico infantil. Se enfoca en percibir la riqueza e importancia que tiene la fantasía y el pensamiento simbólico en la infancia. Partiendo de la hipótesis de que en los cuentos populares se manifiesta un tipo de inteligencia creativa semejante a la que está presente en la fantasía de los niños, se ofrece aquí entonces la oportunidad de explorar cómo se desarrolla la psique del infante, qué rol juega la fantasía en sus procesos de maduración psicológica y en qué medida los cuentos de hadas podrían servir para potenciar dicho desarrollo. El trabajo se divide en cinco grandes capítulos; en el primero se presentan las teorías psicológicas desde las cuales se aborda la temática seleccionada. Se hace especial hincapié en los aportes realizados por distintas escuelas psicoanalíticas, tomando como punto de partida los autores clásicos: Sigmund Freud (1856-1939) y Carl Gustav Jung (1875-1961). Posteriormente, se delimita qué se entiende por Cuentos de Hadas y se estudia el valor psicológico y terapéutico que ellos ofrecen. Finalmente se fundamenta la utilización del trabajo con cuentos en la clínica infantil presentando investigaciones realizadas desde la clínica psicológica y psicopedagógica. Al mismo tiempo, se exponen algunos de los principales conflictos infantiles y aquellos cuentos que podrían servir para abordarlos.

Palabras clave: desarrollo infantil, cuentos de hadas, clínica infantil, psicoanálisis, mentalización, psicología analítica.

Tabla de contenidos

Resumen	2
Tabla de contenido	3
Introducción	4
Desarrollo teórico	6
I - Desarrollo psíquico	6
1. 1 Aportes desde las Teorías Psicoanalíticas	6
1. 2 Aportes desde la Teoría del Apego y de la Mentalización	10
1. 3 Aportes desde la Psicología Analítica	12
II - ¿Qué son los cuentos de hadas?	15
III - Psicoanálisis y cuentos populares	17
3. 1 Freud y los cuentos	17
3. 2 El significado y la importancia de los cuentos de hadas	21
IV - Psicología Analítica y cuentos de hadas	22
4. 1 El pensamiento no dirigido y su relación con los cuentos populares	22
4. 2 El valor simbólico de los cuentos de hadas	24
V - El uso terapéutico del cuento en la clínica infantil	27
5. 1 Clínica psicológica	29
5. 2 Clínica psicopedagógica	31
5. 3 Conflictos infantiles y cuentos populares	33
Consideraciones finales	37
Referencias bibliográficas	41

Introducción

A continuación se presenta el Trabajo Final de Grado para la obtención del título de Licenciada en Psicología de la Universidad de la República. Se trata de una monografía que se propone estudiar el valor terapéutico de los cuentos de hadas en el marco del desarrollo psicológico infantil.

Es posible suponer que todos los seres humanos, en mayor o menor medida, hemos encontrado, a lo largo del transcurso de la historia, algún tipo de atracción hacia los cuentos de hadas y el mundo de fantasías que ellos ofrecen. Lo que se puede vincular con su innegable valor y permanencia a través de los años, incluso siglos. Al pensar en cuentos de hadas, populares, o folklóricos podemos imaginar hombres primitivos rodeando una fogata, contando estas historias con el fin de transmitir sabiduría sobre el funcionamiento del mundo o simplemente como entretenimiento.

A su vez, es interesante percibir que esas mismas historias, de las cuales generalmente desconocemos su autor, su fecha de publicación, e incluso su idioma original, continúan siendo atractivas hoy en día y que podemos acceder a ellas con solo hacer un click. Estos relatos llegan a nuestras casas como cuento infantil, pero también como serie animada, película o musical. De algún modo en la actualidad se mantiene el afán del hombre por cuidar y transmitir tales narraciones. Los cuentos, ahora llenos de colores y música van dirigidos a los niños, pero continúan exponiendo, al decir de Freud (1926), “motivos humanos” relevantes para todos, más allá de la época y el lugar. Se intuye por lo tanto que encierran riquezas que trascienden nuestra contemplación consciente e individual. Presentan misterios, enigmas y conflictos, pero también develan verdades y ofrecen respuestas y soluciones.

“El niño tiene necesidad de magia” (Bettelheim, 1976, p.65) y por eso las hadas, princesas, brujas, los animales hablantes, así como los ogros, cazadores, los objetos mágicos y todos los demás personajes y elementos que componen a los cuentos, despiertan fascinación en él. Esto se debe a que los cuentos les resultan útiles a los niños para comprender sus sentimientos y conflictos propios, les ofrecen explicaciones fantásticas que ellos mismos podrán luego cuestionar, reflexionar, transformar, y olvidar una vez alcanzado un conocimiento que consideren más “certero”. (Bettelheim, 1976)

Durante su desarrollo, el niño, al igual que un filósofo, se enfrenta a preguntas fundamentales sobre la vida humana. (Bettelheim, 1976). El niño se interesa por todos los fenómenos que presencia, y se pregunta el porqué y el cómo de todas las cosas. Las respuestas racionales del mundo adulto no parecen ser suficientes para él. El infante tiende a inclinarse a soluciones imaginarias, fantasiosas o mitológicas. (Jung, 1908)

En este sentido, resulta pertinente reflexionar sobre el valor terapéutico de los cuentos populares en el desarrollo psíquico infantil ya que estos presentan un lenguaje

fantasioso y simbólico parecido al pensamiento del niño.

A lo largo de este trabajo se intenta por lo tanto estudiar de qué forma los cuentos de hadas en el ámbito clínico se ofrecen como un instrumento para potenciar los procesos de maduración psicológica del niño. Para ello, se destacan los aportes de las escuelas psicoanalíticas clásicas sobre el rol de la fantasía durante el desarrollo psicológico y también se mencionan las contribuciones de teorías más contemporáneas, como lo son la Teoría del Apego y la Mentalización.

Se comienza exponiendo algunos de los aportes de Freud (1908; 1909; 1913; 1926), quien utiliza los cuentos para comprender diversas temáticas vinculadas a la psique, tales como el juego infantil, la fantasía y los sueños. (Gonçalves, 2015) En este sentido, se explora de qué forma los cuentos de hadas a través de un lenguaje simple reflejan la conflictividad de la vida al mismo tiempo que sugieren y ofrecen simbólicamente soluciones al respecto.

En la misma dirección, se presentan las nociones de *Inconsciente Colectivo* y de *Arquetipo* de Jung, las cuales ofrecen grandes aportes para la comprensión del valor simbólico y el potencial terapéutico de los cuentos de hadas. Desde esta perspectiva, los cuentos populares y la mitología son considerados ante todo expresiones psíquicas que reflejan simbólicamente el drama inconsciente del alma humana. (Jung, 1935) Por tal motivo, estos relatos son considerados una fuente primordial de sabiduría al servicio de la adaptación y del desarrollo humano. (Jung, 1912-1952)

En la última etapa de la monografía, se fundamenta la utilización del trabajo con cuentos de hadas en la clínica infantil. Se presentan dos investigaciones sobre el uso de los cuentos como instrumento mediador. Este concepto es destacado por Bettelheim (1976) y retomado posteriormente por varios autores. El cuento es un mediador que permite al niño elaborar sus conflictos psíquicos en la medida en que lo estimula a enfrentar a sus afectos más aterradores y al mismo tiempo lo ayuda a mantener distancia de esos afectos. (Gutfreind, 2003)

Sumado a esto, se exponen dos investigaciones sobre el trabajo con cuentos en la clínica psicopedagógica, ya que se entiende que el aspecto psicopedagógico es una parte fundamental del desarrollo psíquico. Estas producciones son realizadas por Profesores de la Facultad de Psicología de la UdelaR y plantean la efectividad del *taller clínico-narrativo* y el uso del cuento como *objeto intermediario* (Kaes, 2010) para el desarrollo del psiquismo. (Kachinovsky, 2014; Dibarboure, 2015)

Finalmente, se mencionan algunos de los conflictos característicos de la infancia descritos por Bettelheim (1976) y qué cuentos pueden ser de utilidad para abordarlos. En esencia, el objetivo del último capítulo es ilustrar en el ámbito específico de la clínica infantil lo expuesto a lo largo de toda la monografía.

Desarrollo teórico

I - Desarrollo psíquico

1.1 Aportes desde las Teorías Psicoanalíticas.

Freud (1905) plantea que el desarrollo de la personalidad se produce en ciertas fases, cada una caracterizada por el interés y el placer sexual centrados en una zona erógena particular del cuerpo. La primera fase del desarrollo psicosexual es la *fase oral*, desde el nacimiento a los 2 años. El placer está vinculado predominantemente a la zona de la boca y los labios, que a su vez acompañan a la alimentación. Inicialmente la pulsión sexual se satisface a través de dicha función vital, pero posteriormente esta satisfacción se torna autoerótica por medio del chupeteo del pulgar. Es decir, en un primer momento la pulsión sexual se apoya en la pulsión de autoconservación, que es el hambre, y sobre un objeto; el pecho materno. Y, posteriormente, se convierte en autoerótica cuando se separa del hambre y pierde su objeto. (Laplanche. J et al. 1976)

La segunda fase es la *anal*, de los 2 a los 4 años. La libido está organizada en función de la zona erógena anal. Esto se vincula con la función biológica de defecación y con el valor simbólico de las heces (regalo, dinero). Considerando entonces las funciones de expulsión y retención, Freud (1905) vincula el sadismo con el erotismo anal, en el sentido en que la naturaleza bipolar del sadismo encuentra su correspondencia en el funcionamiento del mecanismo anal (expulsión-retención). (Laplanche. J et al. 1976)

La tercera fase del desarrollo psicosexual es la *fase fálica*, de los 4 a los 6 años, caracterizada por la unificación de las pulsiones parciales bajo la primacía del falo, tanto en el niño como en la niña. A su vez, entre los 3 y 5 años aproximadamente ocurre el Complejo de Edipo. Este es superado dentro de un tipo de elección de objeto particular, lo que determina la estructuración de la personalidad y el deseo. La resolución es a través de la prohibición del incesto. La declinación del Complejo marcará entonces la entrada a la *latencia*, pasando a predominar el Complejo de Castración. (Laplanche. J et al. 1976)

En cuarto lugar, el período de *latencia*, de los 6 a los 11 años, refiere a una detención en el desarrollo de la sexualidad. Durante este período no hay una nueva organización sexual, por el contrario las actividades sexuales disminuyen mientras que aparecen las primeras aspiraciones morales y estéticas, junto con los sentimientos de asco y pudor. En este momento hay un aumento de la represión y un desarrollo de la sublimación, sumado a la transformación de las investiduras libidinales de objetos en identificaciones con las figuras parentales. (Laplanche. J et al. 1976)

Finalmente, en la pubertad se instaura la *fase genital*, en este momento las pulsiones parciales se unifican y jerarquizan completamente, estando ahora bajo la primacía de la zona

genital. Freud plantea que de esta fase en adelante todas las tendencias sexuales se direccionan hacia una sola persona y buscan a través de esta su satisfacción, dirigiéndonos a la “forma definitiva de la vida sexual”. (Freud, 1913 en Laplanche. J et al. 1976)

Desde esta perspectiva, cada una de estas fases o etapas incluyen sus propios conflictos potenciales. De este modo, la manera en que las personas experimentan y resuelven los conflictos propios de cada período, determinará los patrones de personalidad debido a que los primeros momentos del desarrollo proporcionan las bases para la conducta del adulto. (Berger, 2007)

Freud vincula la formación de la patología con la fijación de la libido en alguna de estas fases del desarrollo psicosexual. Es decir, la patología aparece cuando existe una fijación en los modos de satisfacción, los tipos de objeto o de relación y la estructura general de una determinada fase. En este sentido, el autor plantea por ejemplo que el origen de la neurosis obsesiva se encuentra en la fijación en la fase anal. (Laplanche. J et al. 1976)

Por su parte, la teoría kleiniana sostiene que desde los primeros momentos de la vida las sensaciones somáticas placenteras o displacenteras que el bebé experimenta en su interacción con el mundo exterior hacen surgir una experiencia psíquica en él que es interpretada en sus fantasías como una relación con un *objeto interno*. Una sensación displacentera produce la representación psíquica de una relación con un *objeto malo* y, viceversa, una sensación placentera provoca en las fantasías inconscientes del niño la representación psíquica de un *objeto bueno*. (Klein en Hinshelwood, 1989)

Estos objetos, que tienen cualidades de «buenos» o «malos», designan los primeros objetos pulsionales, totales o parciales, de la manera en que aparecen en la vida de fantasía del niño. Además, estas cualidades se les atribuyen no solamente por su carácter gratificador o frustrante, sino principalmente porque en ellos se proyectan las pulsiones libidinales o destructivas del sujeto. (Laplanche. J et al. 1976)

A su vez, Klein (1946) plantea que a partir de estos objetos también habrá de constituirse el yo del sujeto, mediante mecanismos de Introyección y Proyección. A lo largo del desarrollo, el ser humano va avanzando desde la posición *esquizo-paranoide* a la posición *depresiva*. La posición esquizo-paranoide es la etapa inicial del desarrollo humano, en la cual el niño no logra diferenciar aún el yo del no-yo. Por este motivo, las cualidades de buenos o malos no pueden ser atribuidas a un mismo objeto, por lo tanto el niño reacciona identificando *objetos parciales*; uno bueno que le genera sensaciones placenteras y uno malo que lo daña. Se constituye así una escisión como el primer modo de defensa contra la angustia. Un ejemplo de esto es el pecho materno, que en ocasiones le genera satisfacción a través del amamantamiento, y por momentos lo frustra. (Klein, 1946)

Posteriormente, a partir de una mayor capacidad de diferenciación entre el yo y no-yo, el niño a los 6 meses aproximadamente alcanza la *posición depresiva*. El infante es capaz de

integrar los aspectos agradables y desagradables en un mismo objeto. Se introyecta entonces el aspecto bueno de los objetos. Por ejemplo, el pecho materno puede ser ahora en ocasiones bueno y en otras malo. Debido a que el objeto ahora es independiente del yo del sujeto, surge el temor a la pérdida de este, existiendo entonces angustias de tipo depresivas. (Klein, 1946)

De esta forma, los niños, debido a las proyecciones de sus propias fantasías eróticas y agresivas, distorsionan las imágenes de los padres. Estas imágenes, ahora distorsionadas, vuelven a ser reintroyectadas y fragmentadas por mecanismos defensivos de disociación para construir los objetos internos con los que el yo del sujeto habrá de relacionarse. Consecuentemente, los objetos en cuestión, son internalizados como buenos, malos, persecutorios, idealizados, deteriorados, parciales o totales, entre otros. (Klein, 1946)

Sumado a esto, Klein (1930) considera que la Identificación es la precursora del simbolismo. En este sentido, la simbolización auspicia la retirada de la inhibición y entrada en la verbalización, es decir, opera como una fuente importante de sublimación. La capacidad de simbolización es la base de la fantasía y de la relación del sujeto con el mundo exterior y la realidad, en este sentido, habilita al niño a trasladar a los objetos de su entorno sus intereses, así como también sus angustias y culpas, entre otros. En esta línea, Gutfreind (2003) plantea que el trabajo con cuentos en el ámbito de la clínica infantil, lleno de personajes paternos y maternos, evidencia su eficacia como fuentes de Identificación. (Gutfreind, 2003)

Por su parte, Bion (1962) traslada a la díada madre-hijo y a lo relacional el concepto de Klein de Identificación Proyectiva; el cual refiere a una fantasía inconsciente a través de la cual los aspectos de un objeto interno o del yo son escindidos y atribuidos a un objeto externo. (Graell, Lanza 2014)

Bion (1962) plantea entonces que la Identificación Proyectiva no es únicamente evacuativa, sino que sería una vía apropiada para transportar contenidos que al bebé le resultan insoportables a un continente que los logre metabolizar. Es decir, el bebé, a través de la Identificación Proyectiva, transporta estos contenidos insoportables a su madre, quien auspicia de continente. Aquí aparece un aporte fundamental que se vincula al concepto de *regulación afectiva*, utilizado desde el marco de la Teoría del Apego, el cual refiere a que la madre (o figura de apego) es un agente activo en la constitución de un sistema regulatorio diádico, a través del cual los cambios en los estados emocionales del bebé son comprendidos y atendidos adecuadamente, es decir, regulados. (Graell, Lanza 2014)

Bion (1962) denomina *elementos Beta* a los contenidos evacuados por el niño, los cuales serían arcaicos e improductivos para la experiencia, como por ejemplo el sentimiento de depresión-persecución o de culpabilidad. Estos, únicamente luego de ser metabolizados y transformados en la mente de la madre, se convierten en *elementos Alfa* y pasan a estar disponibles para el pensamiento del niño. (Gutfreind, 2003)

El psicoanalista denomina *capacidad de rêverie* (Bion, 1962) al estado de receptividad materno que hace posible la *función Alfa*. A través de este proceso, se genera la transformación de elementos Beta a elementos Alfa y los contenidos están ahora aptos para ser pensados por el niño. Es decir, a través de la *capacidad de rêverie* materna (Bion, 1962) los sentimientos que son incomprensibles para el bebé cobran sentido. A su vez, durante este proceso, de naturaleza no verbal, la proximidad física del niño y su cuidador es esencial. El autor explica que lo que suceda en dicha relación está determinado por el efecto que generan las cualidades psíquicas de la madre sobre las cualidades psíquicas del niño. (Graell y Lanza 2014)

En esta línea, el psicoanalista Celso Gutfreind (2003) propone dos grandes ejes en el uso del cuento en los espacios terapéuticos; el eje reflexivo y el eje lúdico. El primero refiere a que el uso del cuento en la terapia con niños ayuda al pensamiento. Gutfreind retoma lo planteado por Bion (1962) para explicar que el cuento puede actuar como *función Alfa*. Es decir, el cuento podría ejercer entonces la función de continente en el niño mientras él organiza sus arcaísmos, les da sentido y así estimula el pensamiento. (Gutfreind, 2003)

Es decir, el trabajo clínico con cuentos ayudaría a los niños a “digerir” los elementos Beta (arcaicos, brutos, no disponibles para el pensamiento aún) y, a través de la función Alfa, desempeñada por el terapeuta en el dispositivo clínico, los podrían metabolizar en forma de elementos Alfa; estando ahora disponibles para el pensamiento como representaciones conscientes. (Gutfreind, 2003)

Por otra parte, el eje lúdico mencionado por Gutfreind (2003) refiere a que el enriquecimiento de la vida psíquica que puede generar el trabajo con cuentos está vinculado al estímulo de apertura de un “espacio lúdico de creación”, en el sentido en que Pavlovsky (1980) desarrolló tal concepto. Esto es que tras la combinación de imágenes, juegos e ilusiones, el niño puede jugar, inventar, imaginar y crear mirando lo concreto de manera diferente. En este “lugar” el niño se podría refugiar en los momentos más difíciles, evitando manifestar su dolor a través de la sintomatología. Este concepto es análogo al de *espacio transicional* desarrollado por Winnicott (1971). En este sentido, Gutfreind (2003) plantea que el trabajo con cuentos sumado al encuadre clínico, establecen un “clima transicional” que actuaría como un “aire intermediario”, permitiéndole al niño desarrollar su capacidad de creación y simbolización. (Gutfreind, 2003)

El término *objeto transicional* es introducido por Winnicott (1961) para referir a la primera posesión “no-yo” del bebé. Este concepto designa “la zona intermediaria de la experiencia, entre el pulgar y el osito de trapo, entre el erotismo oral y la verdadera relación objetal, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya ha sido introyectado...” (Winnicott, 1951, p. 308) Se trata de la capacidad del niño de imaginar, crear

o inventar un objeto y un vínculo afectivo con él, algo que podría ser precursor de toda actividad creativa posterior. (Gutfreind, 2003)

Estos objetos ocupan un espacio que no forma parte del cuerpo del niño, pero tampoco se reconocen como parte de la realidad exterior. (Winnicott, 1951) El objeto transicional es especialmente importante ya que propicia la simbolización en el niño, es decir, le permite establecer una clara distinción entre la realidad y la fantasía, entre lo externo e interno. En la medida en que la madre es la encargada de frustrar al niño, el objeto cobra un papel preponderante en el proceso de aceptación de la realidad. A su vez, el espacio lúdico es facilitador de este proceso ya que habilita la relación del niño con el mundo exterior. (Gutfreind, 2003)

Sumado a esto, Winnicott (1960) plantea que una *madre suficientemente buena* es necesaria para que el mundo interno del bebé pueda ser organizado. En la medida en que el bebé sea nombrado, alimentado, acariciado, y sus necesidades sean satisfechas de manera confiable, su supervivencia no se verá amenazada, avanzará en su proceso de desarrollo y podrá comenzar a organizar su experiencia. Debido a que el bebé tiene a su alcance medios muy elementales para la regulación de sus estados afectivos, dicha modulación dependerá en gran medida de su madre. (Graell, Lanza 2014)

A su vez, una madre suficientemente buena ofrece las funciones de *holding* (sostén); las necesidades del bebé son sostenidas promoviendo así la integración emocional, y *handling* (manipulación) que favorece la personalización del bebé y permite contribuir a una asociación psicosomática en el niño. (Winnicott, 1960)

1.2 Aportes desde la Teoría del apego y la mentalización.

Bowlby (1951) introduce el concepto de apego para referirse a la relación social establecida entre un niño y su cuidador, que involucra un vínculo afectivo estrecho. En este sentido, el niño tiene conductas de apego como la búsqueda de proximidad, que será correspondida con la conducta de apego del adulto de tocar o sostener, esta respuesta del adulto actúa en el niño reforzando la conducta de apego hacia dicho adulto. (Fonagy, 1999) Bowlby (1951) explica entonces que en la infancia, a través del vínculo madre-hijo, se logra adquirir la capacidad de regulación del Self. (Graell, Lanza, 2014)

La madre, en tanto figura de apego:

Le orienta en el espacio y el tiempo, ofrece su medio ambiente, permite la satisfacción de algunos impulsos, restringe otros. Ella es su ego y su súper-ego. (...) Este es un proceso lento, sutil y continuo, comenzando primero cuando él aprende a caminar y alimentarse por sí mismo, y no acaba por completo hasta que se alcanza la madurez. (Bowlby, 1951, p. 53) (citado por Graell y Lanza, 2014 p. 6).

Fonagy (1999) plantea que posiblemente en el final del primer año de vida del niño, su conducta sea intencional y basada en expectativas puntuales. Bowlby (1973) titula *modelos internos de trabajo* al sistema representacional en el cual las experiencias pasadas generadas entre el niño y su cuidador son incorporadas. Por este motivo, se plantea al sistema de apego como un *sistema regulador bio-social homeostático abierto*. (Fonagy, 1999)

Explica Sroufe (1996) que el sistema de apego es un regulador de la experiencia emocional, cuyo principal objetivo es generar en el niño la vivencia de seguridad. “En este sentido, se encuentra en el centro de muchas formas de trastornos mentales y de la totalidad de la tarea terapéutica.” (Fonagy, 1999, p.1)

Esta posibilidad de regular las reacciones emocionales no es algo innato del ser humano, para alcanzarla se forma un *sistema regulador diádico*, en el cual el cuidador debe entender y responder las señales emitidas por los infantes de los cambios en sus estados emocionales. (Fonagy, 1999)

Por su parte, Bowlby (1951), destaca que es necesaria para el desarrollo de la personalidad cierta capacidad de abstracción en relación a lo real y una aptitud para el pensamiento simbólico. El psicólogo considera que en los niños con carencias afectivas esto falla, existiendo deficiencias en el pensamiento abstracto. La labor terapéutica debería enfocarse entonces en ayudar al niño a verbalizar los sentimientos que tienen en relación a sus padres, ya sea cariño, ira o tristeza. En esta línea, el trabajo con cuentos en la clínica infantil podría estimular la verbalización de los sentimientos y la capacidad de abstracción, ya que, a través del cuento se estimula la simbolización y se le ofrecen al niño procesos de identificación con las imágenes parentales a través de los personajes del cuento. (Gutfreind, 2003)

Sumado a esto, Fonagy utiliza en 1990 el concepto de Mentalización para referirse a la capacidad mental imaginativa de interpretar el comportamiento humano en términos de estados mentales (deseos, creencias, intenciones, pensamientos, sentimientos, etc.) y, al comprender dichos estados mentales, lograr dar sentido y anticipar tanto las acciones propias como las ajenas. (Slade, 2009)

A su vez, en 1998 Fonagy y col. plantean el concepto de Funcionamiento Reflexivo para referirse a la capacidad para comprender que las conductas de los otros tienen emociones e intenciones inobservables y dinámicas. Esto implica un componente autorreflexivo, aparte de interpersonal. De esta forma, a través del funcionamiento reflexivo el comportamiento de los otros puede ser previsible y tiene sentido para el niño. (Huerin et al. 2006)

En un sentido más amplio, la mentalización y función reflexiva aluden a la capacidad de generar regulación emocional, es decir, transformar y refinar impulsos y emociones. A su

vez, ambos conceptos se vinculan al establecimiento de relaciones interpersonales satisfactorias. (Graell, Lanza 2014)

En este sentido, Fonagy (2002) explica que todas las relaciones humanas van a depender, en cierta medida, de la capacidad de reflexionar sobre los estados mentales propios y ajenos, y los niños, por su parte, dependen de sus padres para que esto se desarrolle. (Slade 2009)

Es la capacidad parental de “tener al niño en mente”, de entender el comportamiento de este último en términos de sus sentimientos e intenciones subyacentes, lo que les ha de permitir responder de forma sensible y contingente y promover en el niño la regulación del afecto y la integración. (Slade, 2009 p. 2)

De este modo es en el seno de las experiencias relacionales, concretamente de las vividas con las figuras de apego, en donde se origina y desarrolla la capacidad de mentalizar. Tendrán más capacidad para mentalizar aquellos niños que posean un apego seguro, con padres que los contengan, que logren poner en palabras los estados de confusión del bebé y den respuesta a las necesidades del mismo, es decir, que manejen una adecuada función reflexiva. Esto es diferente, en los niños con apego inseguro o desorganizado, donde se pueden encontrar fallas en la función reflexiva de sus cuidadores. (Fonagy et al. 2002 en Slade, 2009)

A su vez, las madres que tienen la capacidad de mentalizar adecuadamente y una función reflexiva eficaz, tienden a fomentar en los niños la capacidad para contener y regular su propia experiencia afectiva. Estos niños, desarrollan por lo tanto una mayor capacidad para expresar de manera más clara sus sentimientos y necesidades, logrando estar alerta a los estados mentales propios y ajenos (Slade, 1999 en Graell y Lanza, 2014)

Se comprende entonces que la relación apego-mentalización fomenta una mayor regulación atencional, emocional y conductual y todo lo que deriva de ello; desarrollo de competencias sociales, inhibición de la agresividad, mayor tolerancia a la frustración, entre otros. (Graell, Lanza 2014)

1.3 Aportes de la Psicología Analítica.

La Psicología Analítica surge a partir de las teorías desarrolladas por Jung, el principal discípulo y colaborador de Freud hasta que por diferencias teóricas se separaron en 1913. En este sentido, ambos autores concuerdan en plantear la existencia de contenidos inconscientes que actúan en la vida de las personas, más allá de la consciencia. (Jung, 1935)

El autor plantea que la consciencia emerge de lo inconsciente, y a su vez dicho inconsciente tiene dos niveles de profundidad; una primera capa denominada *Inconsciente*

Personal, compuesta por *Complejos*, y una segunda capa denominada *Inconsciente Colectivo* compuesta por *Arquetipos*. (Jung, 1935)

Jung comparte por lo tanto, la visión de Freud de que el inconsciente en el nivel personal está formado por los *Complejos* que se forman a partir de las primeras vivencias del sujeto con sus cuidadores. El autor los denomina específicamente “complejos sentimentalmente acentuados” y explica que se tratan de agrupaciones de ideas ligadas por un mismo afecto que existen por debajo del umbral consciente, vinculando el origen de los mismos al trauma o cualquier shock emocional que provoque en la psique una fragmentación. (Jung, 1934)

Estos poseen su propia energía psíquica, tienen un alto grado de homogeneidad interna y son autónomos, es decir, están apenas sometidos a las disposiciones conscientes. En este sentido, Jung plantea que son estos los que poseen al ser humano y no viceversa. Un complejo, cuando está activo, puede llevar a un estado alterado de consciencia y a una falta de libertad, incluyendo actos y pensamientos obsesivos. De esta manera, el autor los considera el camino directo hacia lo inconsciente, siendo los causantes de nuestros sueños y síntomas. (Jung, 1934)

En este sentido, la teoría del Complejo jungiano se puede vincular con los *modelos internos de trabajo* de Bowlby (1973). Estos modelos operativos son los mapas inconscientes, generados a partir de nuestras experiencias con las figuras de apego, en los cuales nos basamos para comprender y anticipar todas las relaciones humanas. Estos *modelos* (Bowlby 1973) comparten con los *complejos* (Jung 1934) el estar determinados en gran medida por las experiencias generadas en la niñez y el persistir en la vida adulta. Ambos refieren a que la influencia que generan en todas las percepciones y relaciones del individuo están por fuera de la consciencia. A su vez, los *modelos* representativos inapropiados persistentes coexisten con otros más apropiados. Cuanto más emociones despierte una relación actual en la vida del sujeto, es más probable que “active el complejo” (Jung 1934) o que los modelos internos previos (Bowlby, 1979), menos conscientes, se vuelvan dominantes, generando perturbaciones en la consciencia y la voluntad. (Knox, 2004)

Por otra parte, Jung expresa que si bien los Complejos forman parte del Inconsciente Personal, su núcleo consiste de un centro arquetípico. Explica Jung (1931): “Todos los complejos infantiles se remontan, en última instancia, a contenidos autónomos de lo inconsciente.” (p. 370) y posteriormente, tales contenidos autónomos de lo inconsciente son denominados *Arquetipos*. (Jung, 1931)

Jacobi (1959) explica que los complejos son, en definitiva, representaciones afectivas inconscientes conformadas por patrones innatos de expectativa (arquetipos) en combinación con eventos externos internalizados y significados de acuerdo a dicho patrón innato. (Knox, 2004)

Jung denomina Inconsciente Colectivo a la “esfera de la masa hereditaria psíquica” (Jung, 1931, p. 373) que contiene, en potencia, todas las posibilidades de la experiencia humana en forma de Arquetipos. Es decir, el Inconsciente Colectivo es considerado el “reflejo” de la experiencia de nuestros antepasados. (Jung 1931)

Los arquetipos (componentes del Inconsciente Colectivo) representan, en un nivel inconsciente, el comportamiento humano instintivo. Estos son formas, virtualidades o disposiciones psíquicas inconscientes, que prefiguran nuestro pensamiento, sentimiento y acción. (Jung, 1936)

Jung hace hincapié en que los arquetipos están determinados en su forma, pero no en su contenido. Consisten en sistemas de disposición para la acción, y al mismo tiempo en las imágenes y emociones de estos. En sí mismo el arquetipo es un elemento vacío, comparable a una forma, una estructura o una virtualidad. Explica en este sentido: “existen en cada psique disposiciones, formas –ideas en el sentido platónico– inconscientes pero sin embargo activas, es decir, vivas, que prefiguran instintivamente e influyen el pensar, el sentir y el obrar.” (Jung, 1938, p. 77)

El arquetipo es un contenido inconsciente que puede manifestarse en nosotros de forma inmediata a través de sueños y visiones. Una vez que este accede a la consciencia y es percibido, se transforma y adapta a la consciencia individual en la que aparece. En este sentido, el cuento popular y el mito son considerados manifestaciones del arquetipo, siendo en este caso formas específicas del mismo transmitidas a través de la historia. Es decir, los cuentos de hadas y los mitos son, ante todo expresiones psíquicas que reflejan simbólicamente el drama inconsciente del alma humana. (Jung, 1935)

A su vez, Jung plantea que el yo, en tanto centro organizador de la consciencia y sin lo cual esta última simplemente no existiría, emerge de una capa virtual del alma humana donde al comienzo está contenido en potencia como un patrón instintivo que habrá de activarse y configurarse progresivamente en el transcurso de la experiencia sensible del individuo. Es decir, la vivencia de tener una consciencia se encuentra por lo tanto al comienzo de la vida humana (filogénesis), al igual que todas las demás vivencias, contenida en potencia en el Inconsciente Colectivo. (Jung, 1935)

El autor sostiene por lo tanto que en el desarrollo de la personalidad viene primero el inconsciente y sólo después surge la consciencia. En la misma línea, señala que, tanto filogenética como ontogenéticamente hablando, la consciencia emerge de lo inconsciente. (Jung, 1948) Y finalmente, considera que el desarrollo del yo y de la consciencia está determinado y subordinado a patrones inconscientes que hasta aquí presentamos como *Arquetipos*. (Jung, 1935) Por lo tanto, los cuentos de hadas y el desarrollo psíquico humano tienen una naturaleza en común, ambos se fundamentan en “las leyes eternas del alma humana” que Jung identifica en términos de *Arquetipos*. (Jung, 1912-1952)

II - ¿Qué son los cuentos de Hadas?

En el Diccionario de la Real Academia Española el término *cuento* es definido como “narración breve de ficción” (REA, 2021). Para el presente trabajo, se utiliza una concepción más amplia y a su vez delimitada, que refiere a los cuentos de hadas y su subyacente valor terapéutico.

En el transcurso del siglo XVII comienzan a aparecer en Europa los primeros relatos dirigidos a la infancia, en su mayoría con gran sesgo moralizante. Charles Perrault en Francia, tomando relatos de la tradición oral, publica en 1697 “Los cuentos de mamá Ganso”, incluyendo; *Caperucita Roja* y *la Bella Durmiente*. Estos, en un primer momento, no eran dirigidos exclusivamente a los niños. Con el correr de los años esta tendencia se modifica, en 1812 los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm publican el primer volumen de “Los cuentos de la infancia y del hogar” que contenía narraciones populares de la región alemana. Por su parte, en Dinamarca, Hans Christian Andersen en 1834 publica “Historias de aventuras para niños”, en donde aparecen relatos de renombre, como *La Sirenita*, *Pulgarcita* y *Patito feo*, entre otros. (Cousté, 2021)

Finalizando el siglo XIX la producción de cuentos infantiles prolifera, estos relatos se alejan de la función moral, su objetivo ahora es entretener a los niños. En este sentido, se publican varios cuentos que continúan vigentes en la actualidad, ya sea mediante libros de cuentos, canciones, series animadas o películas. Ejemplo de esto son *Alicia en el País de las Maravillas* (Carrol, 1865) y *Pinocho* (Collodi, 1883), entre otros. (Cousté, 2021)

Por su parte, la escritora británica Angela Carter en “El libro de los Cuentos de Hadas” (1990) realiza una recopilación de cuentos populares (en donde aparecen algunos de relatos publicados por los autores antes mencionados) intentando mostrar la riqueza y diversidad de respuestas que surgen ante un mismo hecho: estar vivos. Para lograr este objetivo, es de extrema importancia para ella mantenerse al margen de modificar las historias, tanto en la escritura como durante la edición del libro. (Carter, 1990)

La acepción cuento de hadas es empleada entonces para:

Describir una masa gigantesca de narraciones, infinitamente diversas, transmitidas y diseminadas por todo el mundo a través del boca a boca. Son historias cuyo creador originario es desconocido y que pueden ser rehechas una y otra vez por cada persona que las cuente. (Carter, 1990, p.17)

Siguiendo esta línea, las psicólogas Raquel Finger y Sandra Djambolakdijan (2009) van a agregar que el uso de la magia o encantamientos es un componente fundamental de los cuentos de hadas, sumado al núcleo problemático a través del cual el héroe o heroína

busca su realización personal y los obstáculos que tendrán que enfrentar para alcanzarlo. Los personajes del cuento enfrentan grandes desafíos para que finalmente el bien triunfe sobre el mal. Impregnados de magia los animales hablantes, las hadas madrinas, los ogros, brujas o lobos, personifican el bien y el mal, y esta magia es precisamente la que intriga la mente humana. (Finger y Djambolakdijan, 2009)

Sumado a esto, desde el punto de vista filosófico, Mircea Eliade (1958) plantea que los mitos y cuentos de hadas dan sentido y validez a la vida ya que se refieren a “modelos de comportamiento humano”. En este sentido, varios autores afirman que estas historias expresan simbólicamente ciertos ritos de iniciación o pasaje y por esta razón serían portadores de significados muy profundos. (Bettelheim, 1976)

Tanto la mitología como los cuentos populares, en su contenido, representan simbólicamente fenómenos psicológicos internos. En este sentido, Bettelheim (1976) explica que los psicoanalistas pertenecientes a la escuela freudiana se dedicarán a investigar qué tipo de contenidos reprimidos o inconscientes subyacen en estos relatos, y cómo estos se pueden vincular con la fantasía y el material onírico. Mientras que los analistas jungianos, plantean además, que los personajes y motivos de estas historias son fenómenos psicológicos arquetípicos. (Bettelheim, 1976)

Desde ambas escuelas, tanto los mitos como los cuentos de hadas se han vinculado a los sueños y fantasías de los hombres, considerando que estos relatos expresan lo que normalmente evitamos que emerja conscientemente. Si bien existen claras diferencias entre estos dos productos de la fantasía humana, ambos en algún punto remiten a alguna forma de cumplimiento de deseos, alivio de pulsiones y soluciones a los conflictos. (Bettelheim, 1976)

En esta línea, la analista jungiana Sibylle Birkhäuser-Oeri (1976) explica el cuento como una manifestación espontánea e inconsciente de la fantasía comparable al soñar. El cuento popular surgió en personas de características sencillas y cercanas a la naturaleza, con una mentalidad similar a la de un niño, pero muy diferente a la de un adulto hoy en día. La autora se refiere aquí a una mentalidad primitiva, en la cual el ser humano proyectaba su psiquis en la naturaleza y se identificaba con esta. (Birkhäuser-Oeri, 1976)

Por su parte, Bettelheim (1976) observa que el cuento ha sido escuchado placenteramente tanto por hombres civilizados como primitivos. En este sentido, el cuento de hadas se refiere al resultado de un contenido inconsciente una vez modificado por la consciencia, pero no únicamente por un ser humano individual, sino por el consenso de muchos de ellos. Es decir, este tipo de relatos populares refieren a los conflictos humanos universales y ofrecen soluciones deseables y aceptables para estos, y es justamente por esta razón que se han transmitido de generación en generación a lo largo de tiempos inmemoriales. (Bettelheim, 1976)

Birkhäuser-Oeri (1976) agrega que a través de los numerosos narradores que lo interpretaron, el cuento fue alcanzando su forma actual, “por ello representan problemas humanos colectivos más que individuales, que se expresan en el lenguaje simbólico de lo inconsciente.” (p. 13) Los cuentos son considerados entonces productos de la fantasía colectiva o literalmente “sueños de la humanidad” que “contienen casi exclusivamente fantasías arquetípicas, es decir, sus representaciones reflejan a su manera la estructura esencial de la psique.” (Birkhäuser-Oeri, 1976, p.16)

III - Psicoanálisis y cuentos populares

3. 1 Freud y los cuentos.

El origen de los cuentos populares es algo que diversos autores han querido responder, incluido Freud, quien comienza a cuestionarse sobre ello en 1908. Plantea entonces la hipótesis de que los cuentos son los “sueños seculares de la Humanidad joven” (Freud, 1908, p. 1348), y que por lo tanto vienen desde muy lejos y poseen una riqueza inmensa llena de contenidos arcaicos. (Gutfreind, 2003) A su vez, Freud (1908) plantea que se pueden distinguir dos tipos de poetas, aquellos que parecen crear sus obras libremente y aquellos que utilizan temas ya existentes. (Freud, 1908)

Respecto a estos últimos explica el autor:

Todos los temas dados proceden del acervo popular, constituido por los mitos, las leyendas y las fábulas. La investigación de estos productos de la psicología de los pueblos no es, desde luego, imposible; es muy probable que los mitos, por ejemplo, correspondan a residuos deformados de fantasías optativas de naciones enteras a los sueños seculares de la Humanidad joven. (Freud, 1908, pp. 1347-1348.)

Sumado a esto, Freud establece una continuidad entre el juego infantil y la fantasía del adulto. Explica entonces que cuando un niño pasa a la adultez cesa de jugar, lo que implicaría una renuncia al placer que el acto de jugar conlleva. Sin embargo, este acto no se puede ver como una renuncia, ya que el individuo es incapaz de tal hecho, sino que lo que sucede es una sustitución o subrogación, es decir, el adulto en vez de jugar, fantasea, crea sueños diurnos o ensueños, comprometido siempre con el material reprimido. (Freud, 1908)

En esta línea afirma el autor:

No debe olvidarse que la acentuación, quizá desconcertante, de los recuerdos infantiles en la obra del poeta se deriva en último término de la hipótesis de que la

poesía, como el sueño diurno, es la continuación y el sustitutivo de los juegos infantiles. (Freud, 1908, p. 1347)

Freud (1908) explica que el poeta hace lo mismo que el niño en su juego, es decir, crea un mundo y lo puebla con sus fantasías. El juego es tomado muy en serio por el niño, dedica su tiempo y afectos a este, pero también logra diferenciarlo de la realidad. De hecho, el niño utiliza elementos tangibles del mundo real para jugar y es esto lo que diferencia el juego del niño con el fantasear del adulto. (Freud, 1908)

A este respecto, Gonçalves (2015) vincula el acto de leer o escuchar un cuento con el acto de jugar tal como lo describe Freud en 1908. A través del juego entonces el niño crea su mundo y reajusta los elementos que lo componen según sus necesidades, generando de esta forma la progresiva separación saludable y necesaria entre realidad y fantasía. En este sentido, la autora plantea la hipótesis de que el juego, así como la lectura y el escuchar cuentos formarían “las bases de un fantasear saludable del adulto, diferente de la psicosis, mediante la oportunidad de fantasear y retornar a la realidad.” (Gonçalves, 2015, p.134)

A su vez, las ideas expuestas por Klein, tiempo después, (1926; 1929; 1955) respecto al juego como técnica psicoterapéutica en la infancia están muy vinculadas a lo planteado por Freud en 1908. La autora remarca el papel de la fantasía y del acto de crear, y principalmente del juego infantil como método de acceso al mundo interno del niño, ya que a través de este los niños representan simbólicamente sus fantasías, deseos y conflictos en general. En esta línea Klein (1932), al igual que Freud (1908), vincula el juego infantil con los sueños del adulto, siendo estos dos medios esenciales para el tratamiento analítico. (Gutfreind, 2003)

Sumado a esto, Freud (1908) menciona que el arte del poeta radica en la capacidad que tiene para que sus “juegos o sueños diurnos” nos proporcionen placer. A través de la producción artística, el poeta modifica la exposición de sus fantasías y gracias a esto, el lector queda atrapado en un placer meramente estético o formal. “Todo el placer estético que el poeta nos procura entraña este carácter del placer preliminar, y el verdadero goce de la obra poética procede de la descargas de tensiones dadas en nuestra alma”. (Freud, 1908, p.1348)

Posteriormente, el psicoanalista (Freud, 1909) explica cómo los niños construyen, a medida que van creciendo, una “novela familiar” a través de la cual la caracterización que estos tienen de sus progenitores va cambiando. En este sentido, la esencia de la neurosis tiene como característica una actividad imaginativa intensa, la cual aparece en la infancia en forma de juego y luego, hacia la pubertad, se vincula con las relaciones familiares. Este tipo de fantasía es expuesta por el autor como sueño diurno y “sirven a la realización de deseos y a la rectificación de las experiencias cotidianas, persiguiendo principalmente dos objetivos: el erótico y el ambicioso.” (Freud, 1909 p. 1362)

De esta forma, Freud (1909) plantea similitudes entre la historia de vida que narra el sujeto en análisis y la actividad narrativa poética y romántica, en la cual está directamente involucrada la fantasía. En el trabajo analítico, a través de la escucha flotante, se conseguiría entonces acceder a los contenidos latentes que se encuentran “detrás” de dicha narrativa poética. Gonçalves (2015) plantea que en el trabajo con cuentos sucede algo semejante ya que la narrativa que ofrecen los cuentos habilita, mediante el lenguaje metafórico, a avanzar hacia los contenidos latentes, siendo esto necesario para la elaboración del mundo interno del paciente. (Gonçalves, 2015)

Sumado a esto, respecto a los cuentos populares, Freud (1913) plantea que durante el trabajo de análisis los pacientes se sirven de asociar sus sueños a los cuentos, utilizando estos últimos como “recuerdos encubridores”. (Freud, 1913)

En palabras del autor:

Nada tiene de sorprendente el que también el psicoanálisis pueda demostrarnos la importancia que nuestros cuentos populares han adquirido en la vida psíquica de nuestros niños. En algunas personas el recuerdo de sus cuentos favoritos sustituye los recuerdos de la propia infancia; los cuentos se han convertido, simplemente, en recuerdos encubridores. (Freud, 1913, p.1729)

En dicho texto Freud expone dos casos clínicos en los que en los sueños de los pacientes aparecían registros de imágenes y situaciones que a su vez, formaban parte de cuentos que los protagonistas habían escuchado en su infancia. El autor se sirve del material de los cuentos para interpretar los sueños de sus pacientes y para comprender mejor los conflictos neuróticos de estos, basándose en la hipótesis de que existen representaciones latentes de dichos conflictos en ambos; sueños y cuentos. (Freud, 1913)

Resulta interesante mencionar que Freud (1913) remarca el potencial que los cuentos tienen como “instrumento arqueológico”, al decir de Gutfreind, para acceder al material del comienzo mismo de nuestra vida psíquica, sumado a la importancia que en realidad adquirirán dichos relatos en la construcción de la neurosis de los pacientes mencionados por Freud. (Gutfreind, 2003)

En este sentido, el conocido caso: *El Hombre de los Lobos* (Freud, 1914 [1918]) se puede considerar un ejemplo de esto. En esta ocasión el motivo central de la neurosis parecía provenir de los conflictos del paciente con su padre, el cual era vivido como amenazador. El autor vincula entonces un sueño en el que aparecían lobos blancos y amenazantes con los cuentos de *Caperucita roja y el lobo* y *Los siete cabritos*, y la posibilidad de que el cuento y el sueño representan el núcleo de la neurosis del paciente. Freud (1914 [1918]) plantea entonces que tanto el cuento como el sueño brindan un esquema de

representación de la conflictiva del paciente, auspiciando por lo tanto la posibilidad de acceder a ella y de elaborarla. (Gutfreind, 2003)

En esta misma línea, Freud (1911) plantea que los sueños y las narraciones populares (o cuentos folklóricos) dan acceso a las profundidades de nuestra psique, pero que los cuentos pueden ser incluso más adecuados para esto, ya que el material ofrecido no está encubierto ni se resiste a la interpretación, como sí sucede con el material onírico. (Gutfreind, 2003)

Posteriormente Freud (1915-1916) expone el potencial de los cuentos, dependiendo de su contenido, para representar los deseos reprimidos del lector u oyente. Esta representación de los deseos resulta aceptable y agradable al lector, debido a que logra mantener el afecto al mismo tiempo que mantiene una distancia de estos. Debido a que la representación no es directa, el cuento permite un encuentro con lo peligroso desde un marco de seguridad establecido por la ficción. (Freud, 1915-1916 en Gutfreind, 2003)

A través de la obra freudiana se puede ver que los cuentos son una fuente de “motivos humanos”, y son considerados un medio para comprender mejor el funcionamiento psíquico. En este sentido Freud, en su publicación *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), plantea la hipótesis de que los cuentos, los mitos, la literatura y el arte en general, ofrecen representaciones significativas del ser humano, especialmente en lo referente a su funcionamiento psíquico más arcaico, como por ejemplo el acto de devorar. (Gutfreind, 2003)

Para explicar este punto, Freud remite al *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909), también conocido como el *Caso Juanito*, en el cual la fobia del protagonista consiste en el miedo a ser mordido por un caballo. Inmerso en el complejo de Edipo, el autor considera a Juanito una neurosis infantil debido a que sustituye el posible temor a su padre por el temor a ser mordido por un caballo. El desplazamiento es lo que se puede considerar aquí el síntoma y es, a su vez, lo que permite la solución del conflicto por ambivalencia. Freud afirma que esto es posible debido a que en la infancia “las huellas innatas del pensamiento totemista despiertan aún fácilmente”. (Freud, 1926, p. 2843) Explica que, de esta forma, el hombre adulto y el animal en la mente infantil aún no se han separado, ambos son admirados pero también reconocidos como fuente de peligro. (Freud, 1926)

En esta línea afirma el autor :

La idea de ser devorado por el padre es una antiquísima representación típica infantil, y sus analogías mitológicas (Cronos) y de la vida animal son generalmente conocidas... La representación de ser devorado por el padre es la expresión, regresivamente rebajada, de un impulso amoroso pasivo, del ansia de ser amado por el padre en el sentido del erotismo genital. (Freud, 1926, p. 2844)

3. 2 El significado y la importancia de los cuentos de hadas.

Bettelheim (1976) intenta explicar algunos de los significados subyacentes de los cuentos populares y cómo estos se vinculan con los “problemas característicos infantiles”. Los problemas expuestos son: “superar las frustraciones narcisistas, los conflictos edípicos, las rivalidades fraternas; renunciar a las dependencias de la infancia; obtener un sentimiento de identidad y de autovaloración, y un sentido de obligación moral.” (Bettelheim, 1976 p.13)

El autor dedica parte de su obra a fundamentar por qué el cuento de hadas sería el adecuado para el uso terapéutico, en detrimento de otros tipos de narraciones, como por ejemplo las historias modernas o las fábulas. Se plantea que un cuento es terapéutico en la medida en que llame la atención de un niño, lo divierta, le genere curiosidad, estimule su imaginación, su intelecto y le brinde claridad emocional. A su vez, debe ir en la misma línea que las aspiraciones y ansiedades del niño, debe reconocer sus propias dificultades y, al mismo tiempo, presentarle soluciones a estas. Estas narraciones, obviando detalles, presentan características comunes, sus personajes son típicos y los finales felices, en donde los buenos siempre ganan. (Bettelheim, 1976)

Bettelheim (1976) plantea que el niño intenta comprender lo que le sucede a nivel consciente, y a su vez enfrentarse con su material inconsciente, y para lograrlo, lejos de recurrir a la comprensión racional de los hechos, genera un nuevo orden y fantasía en torno a los hechos significativos de su vida. Es decir, las imágenes que proporciona el cuento ofrecen a la imaginación del niño nuevas dimensiones a las que no podría llegar solo y estas le permiten, a su vez, estructurar su propia fantasía. (Bettelheim, 1976)

Desde esta óptica, el valor del cuento reside entonces en el hecho de que los contenidos inconscientes pueden ser transformados en fantasías representables, abriendo así dimensiones imaginarias. Esto estimularía las representaciones conscientes, logrando disminuir la nocividad de las pulsiones. (Gutfreind, 2003)

En la misma línea, los psicoanalistas Diana y Mario Corso (2006) plantean que la magia de los cuentos de hadas reside en ofrecerles a los niños lo que ellos realmente necesitan, en un lenguaje simbólico para el cual están preparados. Los cuentos son estructurados como mensajes para los niños y los ayudan a clasificar y ordenar su realidad. En este sentido, los autores plantean que se puede solucionar un conflicto y aliviar la angustia del niño en la medida en que este pueda reconocer y representar aquello que lo angustia. Es decir, cuanto menos enigmática es la imagen del sufrimiento, más soportable es para el niño. (Gonçalves, 2015)

Sumado a esto, los cuentos de hadas son considerados por Bettelheim (1976) como las únicas obras de arte totalmente comprensibles para el niño, de esta forma, al mismo tiempo que ejercen la función de divertirlo, lo ayudan también a comprenderse a sí mismo. Estos promueven el desarrollo de la personalidad en la medida en que representan, a través

de imágenes, la esencia misma del desarrollo humano. Aparecen en sus personajes el temor a la madurez y la resistencia a los padres, así como también el proceso mediante el cual logran dependencia psicológica, una cierta adquisición moral y un consecuente relacionamiento positivo con el sexo opuesto. De esta forma, el cuento es terapéutico independientemente del ámbito en el que se lo presente. (Bettelheim, 1976).

En este sentido, el autor afirma que el cuento de hadas está interesado en los procesos internos del individuo. Este no pretende ser un ejemplo claro del mundo, ni describir cómo debemos actuar moralmente, ya que eso sería una *mala terapia*. Por el contrario, el cuento es terapéutico en la medida en que ofrece historias con las que el niño se puede identificar. Más allá de que no haya similitudes a nivel externo, sí puede aludir a los conflictos internos. (Bettelheim, 1976)

En palabras de Bettelheim (1976, p. 33):

El cuento es terapéutico porque el paciente encuentra sus propias soluciones mediante la contemplación de lo que la historia parece aludir sobre él mismo y sobre sus conflictos internos, en aquel momento de su vida. Normalmente el contenido de la historia elegida no tiene nada que ver con la vida externa del paciente, pero sí con sus problemas internos, que parecen incomprensibles y, por lo tanto, insolubles.

IV - Psicología Analítica y cuentos de hadas

4. 1 El pensamiento no dirigido y su relación con los cuentos populares.

Un aspecto central en el estudio del valor de los cuentos de hadas en torno al desarrollo psíquico infantil desde la psicología analítica es la diferenciación entre dos tipos de pensamiento en el ser humano. Jung explica que estas dos formas de pensamiento son: el pensamiento dirigido que corresponde al pensamiento consciente y el pensamiento no dirigido, fantasioso o simbólico, que se relaciona directamente con la naturaleza simbólica de los cuentos de hadas. (Jung, 1912-1952)

Para el autor la consciencia tal y como la conocemos en nuestra época y cultura es una conquista reciente en la historia Universal y antes de que ella existiese había otro tipo de pensamiento (no dirigido, fantasioso, mitológico o simbólico). Es precisamente ese otro tipo de inteligencia la que funciona en las etapas iniciales de nuestro desarrollo y luego subterráneamente la mitad o más de nuestras vidas, que aparece claramente cuando soñamos o fantaseamos. (Jung, 1912-1952)

El pensamiento dirigido (consciente) está orientado hacia afuera, sirve para que nos comuniquemos, es laborioso y agotador, asimila, se adapta a la realidad y procura obrar sobre ella, funciona al servicio de la adaptación. Se trata de un pensamiento lógico y

focalizado en el cual predomina la abstracción y donde los afectos son relegados a un segundo plano. (Jung, 1912-1952)

Los tiempos pasados carecieron de esta conquista que es el pensamiento dirigido, es decir la consciencia tal y como lo conocemos y vivenciamos en nuestra era. Por el contrario, la antigüedad tendía hacia un tipo de pensamiento más imaginativo. En el espíritu antiguo todo estaba impregnado de mitología. Un mundo de fantasías que manan de una fuente interna y no se preocupan tanto por la marcha externa de las cosas. (Jung, 1912-1952)

De este modo, Jung nos introduce en la naturaleza del pensamiento simbólico (no dirigido) que es propio de todos los seres humanos, pero que se destaca en los primitivos, los niños, los sueños, los locos, los mitos y los cuentos de hadas. Es característico de la actividad de la fantasía espontánea y de los sueños. Funciona sin esfuerzo, espontáneamente, o en realidad es dirigido por motivos inconscientes, juega con contenidos inventados, es decir, se aparta de la realidad, libera tendencias subjetivas por lo que tiene un matiz predominantemente afectivo. (Jung, 1912-1952)

Desde esta perspectiva, lo simbólico remite a un producto psíquico individual (generalmente imágenes) que no emerge de lo inconsciente ni de lo consciente exclusivamente, sino de la cooperación de ambos, está vinculado a la percepción tanto interna como externa. De este modo, el símbolo aparece como un elemento compensador de la situación consciente y tiene un efecto psicológico autorregulador que resulta fundamental para el desarrollo psicológico. (Jung, 1921)

A su vez, este tipo de pensamiento simbólico es precisamente el que observamos en el niño que anima sus muñecos y juguetes y muchas veces gracias a su fantasía vive en un mundo maravilloso. De este modo, con el pensamiento simbólico surge una imagen del mundo muy alejada de la realidad, pero que corresponde cabalmente a la fantasía subjetiva; y como en última instancia la fantasía subjetiva está dirigida por procesos inconscientes que se apoyan en el instinto, Jung supone entonces que el pensamiento fantástico, y en este caso el pensamiento mitológico propio de los cuentos de hadas, también es una fuente de datos objetivos. (Jung, 1912-1952)

El analista plantea que el pensamiento simbólico resulta una vía de acceso privilegiada hacia los fundamentos arquetípicos de nuestra psique. A través de él se establece un enlace con los "estratos" más antiguos del espíritu humano sepultados por debajo del umbral de la consciencia. De esta forma, los mitos, los cuentos populares y los sueños son entonces, a los ojos de Jung, fuentes comunes y universalmente accesibles para investigar la facultad simbolizadora del ser humano. Pues, a través de los símbolos que los constituyen, los cuentos populares se ofrecen como guías para que la consciencia del Hombre restablezca su conexión con las fuentes vitales primordiales e instintivas de donde

ella misma emana. (Jung, 1912-1952) Los cuentos populares representan entonces las relaciones psíquicas estructurales del ser humano. (Jung, 1948)

En este sentido, la conexión con los planteos de Freud (1911; 1913) sobre el cuento como “instrumento arqueológico” para el acceso al comienzo de nuestra vida psíquica es clara. A su vez, ambos autores mencionan la conexión existente entre la literatura y el material onírico, y cómo en última instancia, ambos son productos de la fantasía humana; dan acceso a las profundidades psíquicas. (Gutfreind, 2003)

Explica Jung:

En los mitos y los cuentos, igual que en el sueño, el alma dice algo sobre sí misma, y los arquetipos se manifiestan en su interacción natural... El cuento, como espontáneo, ingenuo e indeliberado producto del alma, no puede menos que expresar lo que es el alma. (Jung, 1948, pp. 221-222)

A su vez, Jung (1912-1952) resalta el hecho de que siendo los cuentos un producto directo de un tipo de pensamiento heredado de nuestros ancestros, a través de ellos se nos plantea la posibilidad de acceder a un estrato de la psique que trasciende el plano personal e individual de nuestra existencia. Es decir, los cuentos aparecen como un reflejo más o menos individualizado del Inconsciente Colectivo. Ellos son la manifestación inmediata de los arquetipos generalmente a través de un ropaje cultural determinado por lo cual pueden ayudarnos a iluminar nuestra psicología individual que por ser humana es a su vez inevitablemente histórica y universal. (Jung, 1912-1952)

4. 2 El valor simbólico de los Cuentos de Hadas.

En 1908 Jung presenta sus primeras proposiciones respecto a la dimensión arquetípica de la psique y a la proximidad del espíritu del niño respecto a tal dimensión. Tal ensayo encierra un valor e interés muy especiales, ya que se trata de un texto que fue escrito en el apogeo de su colaboración con Freud. Por esta razón se pueden apreciar las influencias psicoanalíticas en el pensamiento de Jung, al mismo tiempo que se vislumbra el germen de la diferenciación de su propia postura respecto a la de su mentor. A su vez, es un ensayo que el autor escribe a partir de las observaciones realizadas en torno a sus propios hijos, algo que se supo posteriormente.

Jung (1908) afirma que a los niños les interesan todos los fenómenos que los rodean, de allí que todo el tiempo se pregunten el porqué y el cómo de todas las cosas. Y para comprender esta dinámica psicológica es necesario alejarse de los cristales de la civilización. (Jung, 1908)

Plantea entonces:

Aunque para nadie exista acontecimiento que iguale en importancia al nacimiento de un niño, este hecho -como por otra parte todo cuanto atañe a la vida sexual- pierde para nuestros ojos de civilizados su carácter de fenómeno biológico único en su género. Sin embargo, el sentimiento de su verdadero valor, afianzado en el transcurso de innumerables siglos, debe conservarse en alguna parte. ¿Y dónde encontrarlo si no en el espíritu del niño, en quien la civilización todavía no ha obliterado el pensamiento espontáneo y primitivo? (Jung, 1908, p. 32)

Se puede considerar que en la misma línea, Freud (1926) plantea que “las huellas innatas del pensamiento totemista” (p. 2843) persisten en el niño. En tal caso, el autor, a través de un caso clínico, vincula el temor infantil de ser devorado por el padre con el mito de Cronos. (Freud, 1926)

Por su parte, tal como ya fue mencionado, Jung señala la procedencia fundamentalmente inconsciente del Yo, remarcando su natural precariedad o inestabilidad durante la infancia. Reconoce aquí además, y en consecuencia, la mayor proximidad que presenta tal Yo incipiente del niño en relación a los contenidos y dinámicas del Inconsciente Colectivo. Es decir, la mayor proximidad del espíritu del niño a los símbolos a través de los cuales se expresan los arquetipos. (Jung, 1908; 1935)

Jung (1908) describe minuciosamente la evolución de los hechos en torno a las inquietudes de Ana, una niña de tres años, para ilustrar el rol de la fantasía espontánea y simbólica en relación al desarrollo psíquico. Exponer en detalle tal viñeta clínica sería demasiado extenso para los límites de este trabajo. En resumen, se puede decir que, al mismo tiempo que en Ana las preguntas respecto al surgimiento de los niños siguieron persistentemente proliferando, a la par de progresivos parciales descubrimientos, de igual manera, se manifestó en ella una natural tendencia a regresar y preferir una y otra vez explicaciones imaginarias, fantasiosas, mitológicas o simbólicas frente a las argumentaciones científicas y racionales. (Jung, 1908)

Por ejemplo, intentando explicar cómo penetra el niño en el cuerpo de la madre, Ana manifiesta que quiere comer naranjas para tragarlas y hacerlas llegar al fondo de su vientre y así poder tener ella un niño. En este sentido, Jung plantea que los niños, en su intento por entender la realidad, tienden naturalmente a pensar simbólicamente, es decir a figurarse una respuesta a los fenómenos que no logran comprender del todo a través de la producción de símbolos. Estos símbolos surgen espontáneamente en su mente desde lo inconsciente y encuentran un enorme parecido con los símbolos que aparecen en los sueños, en los delirios de los dementes y en los cuentos de hadas. Jung advierte entonces que los adultos conservamos también la facultad de pensar mediante símbolos. (Jung, 1908)

A partir de esta tendencia a pensar en forma de símbolos, Jung (1908) reconoce “carácter arcaico de las operaciones mentales infantiles” (p. 49), es decir, su similitud con los rasgos psicológicos o el funcionamiento de la mentalidad primitiva. A su vez, el autor vincula esto con los cuentos, llamándolos directamente los mitos de la infancia, como si en ellos “pudiera encontrarse toda la mitología que el niño construye en torno a los fenómenos naturales.” (Jung, 1908, p. 50)

Por su parte, posteriormente también Klein (1932) reconoce el “carácter primitivo del psiquismo infantil” (p. 27) y fundamenta su técnica psicoterapéutica del juego considerando a este un medio apropiado para dar sentido a las manifestaciones arcaicas de los niños. En este sentido, Gutfreind (2003) agrega que el trabajo con cuentos en la clínica con los niños es efectivo incluso más allá de las interpretaciones transferenciales y de los conflictos edípicos. El autor afirma que las verbalizaciones y los dibujos que los niños realizan en torno a los cuentos trabajados en el ámbito clínico, adquieren progresivamente más secuencias reparadoras, análogas a las que aparecen en la estructura de los cuentos populares. (Gutfreind, 2003)

Jung (1938) afirma que a pesar de las explicaciones racionales que los adultos le acercan a los niños, estos siguen prefiriendo soluciones imaginarias o mitológicas. Y que “esta tendencia puede evidenciarse como una expresión natural y espontánea ciertamente no reductible a una “represión” cualquiera.” (Jung, 1938, p. 22) El autor se pregunta entonces si no serán justamente este tipo de respuestas fantasiosas las que le convienen al niño en la medida en que no le cierran el camino a la imaginación, de vital importancia para su desarrollo psíquico. (Jung, 1938)

Esto se puede vincular con lo que tiempo después Bettelheim (1976) afirma; que los cuentos populares son las únicas obras de arte completamente comprensibles para el niño, en la medida en que lo entretienen y lo ayudan a entenderse a sí mismo. (Bettelheim, 1976) Posteriormente, en la misma línea, los psicoanalistas Diana y Mario Corso (2006) plantean que los cuentos de hadas les ofrecen a los niños lo que ellos realmente necesitan, en un lenguaje simbólico para el cual están preparados. (Gonçalves, 2015)

Por su parte, Birkhäuser-Oeri (1976) explica que a través del análisis de un cuento en términos psicológicos, lo que se busca en definitiva es reencontrar el acceso a lo inconsciente y con ella el acceso al mundo de las imágenes. Todas las figuras características de los cuentos, como por ejemplo La Bruja, son para la autora representaciones arquetípicas, pertenecientes a los niveles más profundos de nuestra psique, las cuales influyen en nosotros independientemente de que las conozcamos o no, pues son realidades psíquicas per se. (Birkhäuser-Oeri, 1976)

El aporte jungiano radica entonces en mostrar que a través de estas representaciones arquetípicas es posible emprender un camino personal hacia experiencias íntimas, las cuales

pueden estar representadas simbólicamente en las imágenes que los cuentos nos brindan. (Birkhäuser-Oeri, 1976)

Se comprende entonces que la naturaleza simbólica de los cuentos populares propicia, apoya, fomenta y potencia el desarrollo psíquico infantil. Los cuentos populares se ofrecen como una herramienta adecuada para compensar las perturbaciones del equilibrio mental del niño en torno a los conflictos que naturalmente surgen en él al intentar comprender la realidad. Ellos acercan verdades en un lenguaje simbólico que no es racional, en una forma de pensamiento más primitiva, más directa, intuitiva, emocional, afectiva o sentimental. Es decir, un cuento emplea una forma diferente, simbólica, de comunicar algo que permite que continúen desarrollándose los procesos imaginativos sobre los cuales se apoya y se asienta el acrecentamiento de la conciencia individual del niño. (Jung, 1908)

V - El uso terapéutico del cuento en la clínica infantil

Finger y Djambolakdijan (2009) realizan una revisión bibliográfica sobre la aplicación de los cuentos de hadas en la psicología clínica. Plantean que estos son utilizados como forma de simbolización y expresión del sufrimiento, ya sea durante el diagnóstico o el tratamiento clínico psicoanalítico. La utilización terapéutica del cuento como *mediador* está presente en la mayoría de la bibliografía expuesta por las autoras. Se plantea, en este sentido, que el cuento puede ser usado como mediador entre el mundo interno y la realidad externa del niño, como dispositivo de contención psíquica y como instrumento de intervención durante el desarrollo psíquico. (Finger y Djambolakdijan 2009)

El cuento es descrito por Bettelheim (1976) como un mediador en el sentido en que le permite al niño elaborar sus conflictos psíquicos, mientras lo estimula a enfrentar a sus afectos más aterradores y al mismo tiempo lo ayuda a mantener distancia de estos. Por su parte, Gutfreind (2003) utiliza el cuento en el ámbito clínico como un *mediador de doble capacidad*. Utilizando ideas freudianas, el autor explica que esto remite a que al mismo tiempo que el cuento ofrece representaciones del conflicto, ofrece también la posibilidad de mantener distancia de él a través de la metáfora, lo que finalmente facilita la verbalización de dichos conflictos. (Gutfreind, 2003)

En la misma línea, Diatkine (1989) explica que los cuentos favorecen la construcción de “representaciones intermedias” que no amenazan la continuidad psíquica del niño, y le permiten mantenerse alejado de afectos demasiado desagradables para él. Por su parte, Brun (1993) enfatiza que los cuentos de hadas permiten abordar conflictos que no podemos enfrentar directamente por ser demasiado aterradores. Los sentimientos de los que nos es imposible hablar, o incluso detectar, pueden encontrar una expresión simbólica en los cuentos de hadas. A su vez, Runberg (1993) utiliza el término “safekeep” que para exponer la

forma en que la “atmósfera vaga” del contenido de los cuentos, y el “había una vez” característico de los mismos, establece una distancia que crea condiciones de protección para el lector de sus propias experiencias, conflictos y sentimientos. (Gutfreind, 2003)

Sumado a esto, Gutfreind (2003) plantea que al considerar a los cuentos como objetos culturales, que en el ámbito terapéutico de su taller en el vínculo de los niños con el terapeuta y co-terapeutas actuarían en función de la simbolización, encuentra en los aportes Klenianos un soporte teórico. Siendo el proceso de Identificación precondition para la simbolización y para la evolución de la palabra, el trabajo con cuentos en el ámbito de la clínica infantil evidencia su eficacia como fuente de Identificación. (Gutfreind, 2003)

Por su parte, Klein (1932) plantea que mediante el juego infantil como técnica psicoterapéutica se logra traducir simbólicamente vivencias, deseos y fantasmas, siendo de esta forma un medio esencial para el tratamiento analítico. (Klein 1932) En este sentido, Gutfreind (2003) considera que los cuentos son, por su estructura, objetos lúdicos equiparables al juego. (Gutfreind, 2003)

La teoría kleiniana remarca que los juguetes utilizados en el marco del trabajo terapéutico que refieran a los personajes humanos deben tener pocas diferencias entre sí y no deben indicar ninguna ocupación específica. (Klein, 1955) En esta línea, Gutfreind plantea que los cuentos pueden tener condiciones similares, ya que ofrecen personajes familiares (Bettelheim, 1976) en “situaciones abiertas” o simbólicas que los niños pueden utilizar dependiendo sus necesidades. (Gutfreind, 2003)

Según lo expuesto hasta aquí, en rasgos generales, desde la perspectiva Psicoanalítica son considerados de valor terapéutico los cuentos en calidad de *mediador* (Bettelheim, 1976; Diatkine, 1989; Brun, 1993; Gutfreind, 2003; Finger y Djambolakdijan 2009). De esta forma, los cuentos populares de origen desconocido, transmitidos de generación en generación, que presentan una conflictiva central clara y personajes antagónicos bien delimitados, utilizados como mediador en el encuadre clínico, son los que ayudan a encontrar la contención de la locura o sus pulsiones, transmitidas de generación en generación. (Gutfreind, 2003)

Desde la perspectiva Analítica lo terapéutico de los cuentos folklóricos y la mitología reside en considerarlos una manifestación *arquetípica* y simbólica de nuestra estructura psíquica con un ropaje cultural determinado, que a su vez se encuentra al servicio de la adaptación y el desarrollo (filogenético y ontogenético). El lenguaje simbólico de los cuentos populares presenta un paralelismo con el tipo de pensamiento infantil (simbólico, no dirigido) y le acerca al niño formas más adecuadas de comprenderse a sí mismo y a la realidad (Jung, 1908; 1912; 1952; Birkhäuser-Oeri, 1976).

5. 1 Clínica psicológica.

Gutfreind (2003) expone en su obra una investigación realizada en París con niños que habían sido separados de sus padres. La metodología consistía en ofrecer talleres terapéuticos mediados por cuentos a los niños en los hogares donde residían y en la escuela. Su hipótesis se basa en que el uso del cuento como *mediador* en los talleres terapéuticos puede tener diversos efectos positivos sobre el psiquismo. (Gutfreind, 2003)

Siguiendo la técnica de Lafforgue (1995), Gutfreind forma un grupo de 6 niños, y con la ayuda de adultos denominados “asistentes de escucha”, trabaja con un repertorio de 6 cuentos populares: *Los tres chanchitos*, *Caperucita roja*, *Ricitos de oro*, *Blancanieves*, *Pulgarcito* y *Juan y María*. Cada sesión comprendía tres momentos; en el primero se contaba la historia, siguiendo una técnica para el uso de la voz, la gestualidad y la mirada. La entrada y salida del mundo simbólico de las historias estaba bien marcada, mencionado siempre una misma frase. Una vez finalizada la historia comenzaba el segundo momento de la sesión; el de la actuación y por último, un tercer momento dedicado al dibujo. (Gutfreind, 2003)

A través de los resultados obtenidos, se expone un enriquecimiento en la vida imaginaria de los niños. La capacidad de los niños de expresar sentimientos ahora es mayor. Los personajes y las tramas de los cuentos le ofrecen a los niños la posibilidad de expresar y elaborar conflictos, principalmente los vinculados a la separación. De esta forma se reconoce que el potencial metafórico del cuento permite, con una distancia prudencial, que los sentimientos sean dichos y luego elaborados. (Gutfreind, 2003)

Se lograron detectar avances en la capacidad de fantasear y un alto progreso en el nivel del juego, por ejemplo en el inventar historias y poner personajes en escena, como en el caso de la expresión de conflictos personales. Se plantea entonces la presencia de una actividad de fantasía más rica en general, y una mayor verbalización de los afectos; mayor distancia del material, así como una distancia temporal de las escenas, lo que se vinculó a un eventual desarrollo del *espacio potencial* según Winnicott (1951). (Gutfreind, 2003)

Los resultados muestran entonces una mejora en de la capacidad de simbolizar y en la capacidad de construir relatos y colocar los afectos en escena. Es decir, en el taller los niños lograron desarrollar sus verbalizaciones creativas, abriendo espacios internos a la creatividad, lo que se vincula con una mejora de su salud mental. (Gutfreind, 2003).

Por otra parte, Roberta Bergamo Lima (2010) propone el uso de los cuentos de hadas como herramienta de intervención en la clínica psicoanalítica con niños, especialmente con aquellos que presentan fallas en los procesos de simbolización. La autora vincula esto con la dificultad de expresar los sentimientos a través de pensamientos y palabras.

A su vez, Bergamo Lima (2010) parte de la idea winnicottiana de que la interacción madre-bebé crea la oportunidad del desarrollo emocional y simbólico del bebé. Al igual que Gutfreind (2003), la autora utiliza el concepto de *espacio potencial* para referirse al lugar

intermedio entre la realidad psíquica interior del niño y la realidad exterior. En este espacio “tercero” se desarrolla el *objeto transicional* y comienza progresivamente la separación madre-bebé y los primeros registros de la actividad creativa, representativa y simbólica del sujeto. (Rodríguez, 2019)

Respecto a la utilización del cuento en el ámbito clínico, Bergamo Lima (2010) parte de los planteos de Bettelheim (1976) y agrega que el cuento de hadas ofrece simbólicamente la posibilidad de no rendirse ante las dificultades, y al mismo tiempo posibilita idealizar el futuro. Es decir, el potencial simbólico que brindan los cuentos de hadas fortalecen al niño para no desistir ante los conflictos propios del desarrollo, a su vez, el sufrimiento disminuye en la medida en que el cuento lo auxilia en los momentos más difíciles. (Rodríguez, 2019)

En cuanto al dispositivo de intervención, utilizando la “consulta terapéutica” winnicottiana, se trabajó con dos niñas de 8 y 9 años en instancias separadas en la clínica-escuela UNISINOS. Se aplicó el test CAT al inicio y al final del tratamiento, constando el mismo de 17 encuentros. (Bergamo Lima, 2010)

Se destaca como resultado principal la posibilidad de creación de un *espacio transicional* en ambos niños, así como un aumento en la capacidad de simbolización, pudiendo ahora los niños acceder y nombrar sus estados internos. En este sentido, la utilización de los cuentos de hadas en la clínica infantil fue considerada exitosa. (Bergamo Lima, 2010) A través de la comparación de los resultados de los test CAT aplicados, se observan mejoras en la atención y en la organización psíquica de ambos niños. Sus relatos no se limitaron a lo concreto de las láminas, y la organización lógica y secuencial de las historias narradas fue adecuada. (Rodríguez, 2019)

Por otra parte, la psicoterapeuta Ruth Gonçalves Borges (2015), con un encuadre psicoanalítico más “clásico” fundamenta el uso de la técnica de los Cuentos Infantiles como una posibilidad de intervención en la clínica individual con niños. A pesar de que no hay resultados disponibles, resulta pertinente mencionar la utilización terapéutica que plantea la autora.

Gonçalves (2015) define al cuento como una técnica proyectiva con fines terapéuticos, no diagnósticos. Fundamenta esta postura principalmente en la similitud que existe entre los cuentos y la técnica proyectiva CAT. En este sentido, los cuentos “poseen un carácter proyectivo similar, también se presentan con ambigüedad metafórica y favorecen el acceso al inconsciente del sujeto”. (Gonçalves, 2015, p. 133).

Tomando como antecedentes los planteos de Bettelheim (1976) y Gutfreind (2003), la autora afirma que el lenguaje metafórico y atemporal de los cuentos forman un terreno en el cual el niño logra identificarse de manera cómoda con los personajes y con los dramas que el cuento plantea. El niño entonces “se siente seguro para proyectar sus preguntas e inquietudes, pues las historias legitiman sus conflictos y abren la posibilidad de encontrar un

camino que les permite contornear su sufrimiento, y que puedan, en principio nombrar dichos conflictos.” (Gonçalves, 2015, p.136)

En cuanto al dispositivo de intervención, Gonçalves (2015) propone la utilización de cuentos de autoría propia, basándose en un formato característico de los cuentos tradicionales. A su vez, estos cuentos se correlacionan con lo que ella, desde la teoría psicoanalítica, presenta como algunos de los conflictos propios del desarrollo (no patológico) en la infancia; la agresividad, la dependencia-independencia, el complejo de Edipo, los temores y la separación. (Gonçalves, 2015)

Los Cuentos Infantiles de Gonçalves (2015) están cargados de símbolos y representaciones arcaicas. Los personajes y sentimientos son opuestos; el bien y el mal, la alegría y la tristeza. A su vez, son binarios, parten de una situación y terminan en otra opuesta. Presentan los conflictos en su estado natural y proponen soluciones universales a estos, teniendo como objetivo generar autonomía en el niño. (Gonçalves, 2015)

A través de una conexión entre el lenguaje metafórico del cuento y el inconsciente, los cuentos le ofrecen al niño una representación simbólica para la identificación de sus conflictos. Gonçalves vincula esto con el trabajo del analista mencionado por Freud en 1937, que consiste en traducir el inconsciente del paciente en imágenes accesibles, posibilitando el contacto con sus partes “ocultas.” En la técnica planteada por la autora el inconsciente sería presentado bajo la forma de cuentos, logrando promover también la conexión del paciente con sus demandas desconocidas. (Gonçalves, 2015)

5. 2 Clínica psicopedagógica.

La tesis de Doctorado de Alicia Kachinovsky (2014), así como también la tesis de maestría de Michel Dibarboure (2015), son producciones enmarcadas dentro de la misma línea de investigación y ambas utilizan el dispositivo de taller clínico-narrativo. Desde esta perspectiva, se considera que la función narrativa acompaña los procesos de subjetivación y simbolización del niño, lo que le permite crear espacios de protección personal y apropiarse de su mundo. (Kachinovsky, 2014)

Tomando el estudio realizado por Gutfreind (2003) como antecedente, Kachinovsky (2014) realiza una investigación con un grupo de seis niños de entre 6 y 8 años con pronóstico pedagógico desfavorable. Desde el marco de la psicopedagogía clínica, vinculado al concepto de *objeto transicional* de Winnicott (1951), la autora plantea que el cuento opera como *objeto intermediario* (Kaës, 2010) para el psiquismo en la medida en que mediante la simbolización permite reconectar las “fracturas” producidas en el psiquismo del niño. (Kachinovsky, 2014)

En sus palabras:

La elección del cuento infantil como objeto intermediario, promotor de sustituciones simbólicas, se fundamenta en su carácter de nexo o puente entre espacios y procesos heterogéneos o discontinuos, así como en su función de protección de la intimidad. El cuento infantil modela los conflictos humanos universales en los que se motiva y de los que se nutre. (Kachinovsky, 2014, pp. 1-2)

Los resultados del taller clínico-narrativo son estudiados a través de tres categorías: la construcción de alteridad, el tratamiento del conflicto y los procesos imaginativos - reflexivos. Exponer aquí cada uno de los resultados obtenidos excede los límites del trabajo, sin embargo es pertinente mencionar que en 2 de los 3 casos expuestos como paradigmáticos se observan cambios favorables significativos en la actividad simbólica de los niños, mientras que en el tercer caso, los cambios son leves. (Kachinovsky, 2016)

La producción simbólica es considerada una vía regia de acceso al funcionamiento psíquico. De este modo, los cambios observados en la producción simbólica de los niños reflejan transformaciones en los procesos psíquicos de estos. Estas transformaciones generadas no son acumulativas ni sustituyen los modos previos. Conviven con aquellos; se alternan, y los modos más evolucionados desplazan parcialmente a los modos menos evolucionados. (Kachinovsky, 2016)

A través del análisis de las transformaciones registradas en los niños que asistieron al taller, sumado a las repercusiones emocionales de estos y de las coordinadoras, la autora logra concluir que el cuento infantil en calidad de objeto intermediario es de gran pertinencia. Los diversos argumentos del cuento “capturan, ligan o enlazan” los conflictos y afectos de los niños, quienes se sienten confrontados con sus propias “novelas”. A su vez, a través del cuento se proponen verdades alternativas, es decir, nuevas oportunidades para que cada niño logre tramitar sus conflictos singulares. (Kachinovsky, 2016)

Por su parte, Dibarboure (2015) investiga los procesos psíquicos que acontecen en los niños con restricciones simbólicas, luego de la lectura de cuentos. En este sentido, se exponen fundamentos sobre la posibilidad de fomentar la producción simbólica y la actividad representacional de los niños con dificultades en el área de la lectoescritura mediante el taller clínico-narrativo. (Dibarboure, 2015)

A través de los resultados obtenidos, si bien el autor plantea que las conclusiones no deben generalizarse, es posible ver la vinculación que existe entre las dificultades en la comprensión lectora o problemas de aprendizaje en general, con el conflicto psíquico y las fallas en los procesos de simbolización. (Dibarboure, 2015)

El autor sintetiza los aportes de su investigación en tres grandes ejes. En primer lugar, plantea que la misma ofrece categorías de análisis para establecer el diagnóstico diferencial

entre Dificultad y Trastorno de Aprendizaje. En segundo lugar, se considera que las dificultades en la comprensión lectora son promovidas por las fallas en la introducción de la subjetividad. Por último, afirma la efectividad del taller clínico-narrativo como dispositivo teórico-metodológico para la intervención clínica-psicopedagógica. (Dibarboure, 2015)

5. 3 Los conflictos infantiles y los cuentos populares.

Resulta pertinente finalizar esta revisión exponiendo, a grandes rasgos, algunos de los conflictos infantiles más frecuentes y los cuentos a través de los cuales estos podrían abordarse. (Bettelheim, 1976)

En este sentido, el conflicto edípico (Freud, 1910) es uno de los principales problemas en el niño que Bettelheim (1976) menciona. El deseo de un muchacho por ganar el amor y la admiración de su madre lo enemista con su padre, a quien en su fantasía odia y quiere eliminar. La idea de enfrentarse a su padre por interponerse en el camino entre él y su madre, le genera ansiedad al niño. Naturalmente teme que su progenitor lo descubra, pueda vengarse o abandonar a la familia.

Bettelheim (1976) sostiene entonces que las soluciones racionales y realistas que se le pueden ofrecer al niño no alcanzan para aliviar el efecto de sus pulsiones. Por el contrario, sugiriéndole fantasías que no podría crear por sí solo, el cuento puede ayudarlo indicándole cómo lidiar con sus conflictos. Las clásicas historias en las que al principio el protagonista es un niño que pasa desapercibido y luego se transforma en el héroe que mata al dragón y finalmente salva a la princesa gracias a su valentía, astucia y bondad, suelen ser muy útiles al respecto. (Bettelheim, 1976)

En la mente del niño, el dragón malvado suplanta a su padre. De igual forma, la princesa cautiva, se ofrece como un objeto de deseo semejante pero diferente a su madre. De este modo, el niño es capaz de identificarse con el héroe inocente y bueno, lo que lo habilita a él a no sentir culpa ante sus sentimientos edípicos, y percibirse como un héroe noble digno de un final feliz. *El caballero de la brillante armadura y la damisela entristecida* es un claro ejemplo de este tipo de cuentos. (Bettelheim, 1976)

Inversamente lo mismo ocurre en el conflicto edípico de la niña, que quiere sobrepujar a su madre para alcanzar el amor de su padre lo que le genera entonces ciertos temores y ansiedades. En este caso, aquellos cuentos que relatan la historia de niñas desvalidas que deben enfrentarse a madrastras malvadas para encontrar el amor del príncipe y transformarse en princesas, permitiendo la misma identificación heroica que se mencionó en los varones, ofrecen un efecto reparador semejante. Algunos ejemplos de estos cuentos podrían ser: *Blancanieves, La Cenicienta, Rapuzel, Los tres hombrecillos del bosque*, entre otros. (Bettelheim, 1976)

Otro conflicto frecuente en la infancia es la rivalidad y angustia que un niño puede experimentar en el vínculo fraterno, cuando se siente inferior o excluido por sus hermanos, en la competencia con estos por el amor de los padres. Bettelheim (1976) explica que el relato de la *Cenicienta* es muy adecuado para la elaboración psicológica de dicho conflicto. El cuento logra plasmar en imágenes lo que el niño experimenta internamente respecto a esta rivalidad, confirmando sus sentimientos. Las imágenes que ofrece el relato materializan y ordenan entonces las emociones del niño respecto a este conflicto, que a menudo son confusas para él. De esta forma, los acontecimientos del cuento, a pesar de ser exageraciones fantásticas, pueden ser incluso más convincentes para el niño que sus propias experiencias de la vida real.

El autor detalla por lo tanto el vasto potencial que encierra *La Cenicienta* en torno al conflicto fraterno. Se resalta aquí que el niño comprende que en la medida en que las hermanastras son crueles con la protagonista, sus sentimientos hostiles hacia sus hermanas en la vida real, de algún modo, se justifican. Concomitantemente, el infante es capaz de identificarse con la bondad e inocencia de Cenicienta, lo que le refuerza la seguridad en sí mismo, más allá de la rivalidad. El niño siente que hay algo especial en él. De este modo, logra aliviar la culpa que sus propios sentimientos de rivalidad fraterna le generan. (Bettelheim, 1976)

Finalmente, la Cenicienta logra alcanzar su propia identidad, se supera a sí misma, triunfa y, a través del casamiento con el príncipe, se transforma en princesa. En palabras de Bettelheim (1976): "<Cenicienta> guía al pequeño desde sus peores sufrimientos hacia el desarrollo de su autonomía y capacidad de trabajo, ayudándole a alcanzar una identidad positiva por sí solo." (p. 368)

Es importante mencionar aquí, que algunos cuentos abordan también el lado positivo de la relación fraterna, tal es el caso del cuento *Los dos hermanitos*. (Bettelheim, 1976)

Asimismo, alcanzar autonomía e independencia en la infancia es otro de los conflictos centrales presentados por Bettelheim (1976). Esta problemática está muy presente en los cuentos de hadas. En ellos se vislumbran en gran medida las dificultades, desafíos y peligros presentes en la búsqueda de la autonomía, así como también los caminos para alcanzarla y las recompensas en la conquista de dicho logro. (Bettelheim, 1976)

A su vez, lograr la autonomía y la independencia es una búsqueda que no solo se reduce a la infancia, sino que es un proceso que en algún punto continúa a lo largo de toda la vida y que se vincula con el desarrollo de la personalidad. (Bettelheim, 1976)

En este sentido, el motivo del héroe, típico de los cuentos populares y mitos, en el que el protagonista abriéndose camino solo, debe en primer lugar abandonar a sus padres o salir de lo conocido para adentrarse en lo desconocido advierte claramente aspectos de dicho proceso. En la soledad de su camino, el héroe se encuentra entonces con obstáculos,

desafíos y enemigos que debe enfrentar y que constituyen las peripecias de su aventura. Aparecen también fuerzas aliadas que lo ayudan. El protagonista se transforma y crece en la superación de dichas pruebas precisamente porque estas le permiten poner en marcha y descubrir sus propios recursos y habilidades. Finalmente el héroe alcanza lo que buscaba, algo que le faltaba y que reviste un grandísimo valor para él y para los demás. (Campbell, 1991)

En palabras de Campbell (1991):

Evolucionar de esta posición de inmadurez psicológica hasta el valor de la responsabilidad y la seguridad en sí mismo exige una muerte y una resurrección. Es el tema básico y universal del periplo del héroe: salir de una condición y encontrar la fuente de vida para regresar maduro y enriquecido. (p. 168)

En la misma línea, Bettelheim (1976) sostiene que los cuentos ponen de manifiesto las incertidumbres y peligros con los que el niño se encuentra durante su desarrollo. El personaje del cuento emprende un viaje, se enfrenta a aventuras y debe tomar decisiones por cuenta propia. Expresa el autor, utilizando como ejemplo el cuento *La guardadora de gansos*:

La historia pone énfasis especial en las dificultades con que uno se encuentra durante su viaje por la vida: logro de la madurez sexual, conquista de la independencia y de la autorrealización. Tienen que superarse los peligros, resistirse las pruebas y tomarse decisiones; pero el cuento nos muestra que, si uno permanece fiel a sí mismo y a sus propios valores, por muy desesperada que parezca una situación, siempre habrá un desenlace feliz... La única manera de conseguir la propia autonomía es a través de las propias acciones." (Bettelheim, 1976, p. 194)

Sumado a esto, a lo largo de su crecimiento el niño adquiere progresivamente un sentido de obligación moral. Bettelheim (1976) explica que el cuento de hadas le ofrece al niño soluciones imaginarias a sus conflictos y orden a sus ideas y sentimientos, pero deja en sus manos la decisión final. Contrariamente, las fábulas relatan lo que el niño debe hacer, tienen una función moral. Para ilustrar esto, el autor se sirve del cuento *Los tres cerditos*, y las similitudes y diferencias que este presenta con la fábula *La cigarra y la hormiga*. (Bettelheim, 1976)

Bettelheim (1976) explica que ambos relatos manifiestan que las cosas se ganan con nuestro propio esfuerzo, y a su vez exponen un sentimiento de justicia en ello. Por su parte, *Los tres cerditos*, ofrece al niño la posibilidad de transformación y crecimiento, existe un progreso entre la casa del primero y la del último, y el trabajo duro de este tiene su

recompensa. Sin embargo, *La cigarra y la hormiga* plantean únicamente dos alternativas, y dependiendo de la decisión el final será invariable. (Bettelheim, 1976)

De esta forma, si el niño solamente sigue las órdenes que le dan los adultos, no madura, simplemente obedece. Por el contrario, el cuento habilita al niño a sacar sus propias conclusiones, sin necesidad de decirle qué hacer. Esto es lo que fomenta su desarrollo y autonomía moral. (Bettelheim, 1976)

Consideraciones finales

Este trabajo comienza con la motivación de estudiar el potencial que los cuentos de hadas ofrecen en torno al desarrollo psíquico infantil en el ámbito terapéutico de la clínica. A través de los autores mencionados, se constata la importancia que tiene la fantasía durante el desarrollo infantil y cómo los cuentos de hadas, en tanto poseedores de un lenguaje simple y simbólico, acompañan y fomentan los procesos de maduración psicológica.

En este sentido, Freud describe cinco fases del desarrollo psicosexual en las cuales se asienta la estructuración de la personalidad. Cada fase es caracterizada por el placer sexual centrado en una zona erógena particular del cuerpo y contiene sus propios conflictos potenciales, siendo el Conflicto Edípico probablemente el más conocido.

En esta dirección, a través de los aportes de Bettelheim (1976), se expone la pertinencia del uso del cuento popular para el abordaje del Conflicto Edípico, así como de algunos otros conflictos característicos de la infancia.

En estrecha relación se presentan los aportes de Klein, principalmente las definiciones de *objeto interno*, de *identificación proyectiva* y la introducción del juego como técnica psicoanalítica en la clínica infantil. Desde su perspectiva la configuración psíquica del sujeto está determinada por las relaciones con sus *objetos internos*, así como por la internalización de la interacción de estos. (Klein en Hinshelwood, 1989) A su vez Klein plantea que la Identificación es precursora de la capacidad de simbolización y de la evolución de la palabra. Gutfreind (2003) propone, en la misma línea, que el cuento popular y sus personajes se ofrecen como fuentes de Identificación para el niño, por lo tanto, el cuento en el encuadre clínico actúa en función de la simbolización.

Por su parte, Bion y Winnicott remarcan la importancia de la dimensión relacional en los primeros años de vida del niño, a los efectos de su adecuado desarrollo físico y psicológico. Bion (1962) retoma el concepto Kleiniano de Identificación Proyectiva y propone la noción de Función Alfa. A través de la Identificación Proyectiva el niño transporta hacia su madre contenidos Beta que resultan incomprensibles para él. El autor plantea entonces que la capacidad de *reverie* materna posibilita la Función Alfa, a través de la cual la madre contiene y metaboliza los contenidos del bebé transformándolos en elementos Alfa. Los contenidos están ahora aptos para ser pensados por el niño, por lo tanto, "mentalizados". Este proceso se puede vincular, a su vez, con la noción de regulación afectiva. (Graell y Lanza 2014) En relación a esto Gutfreind (2003) expresa que el cuento en el ámbito clínico opera como Función Alfa, lo que finalmente estimula el pensamiento del niño.

De manera semejante, en el marco del instinto de apego estudiado por Bowlby (1951), Fonagy (1998) propone las nociones de Mentalización y Función Reflexiva que a grandes rasgos se vinculan a la capacidad de comprender la conducta de uno mismo y de los otros en

términos de estados mentales. Se plantea entonces el uso del cuento de hadas en el ámbito clínico, como posible aliado de estas capacidades fundamentales en la medida en que permite a través de sus elementos representar en imágenes y palabras las emociones del niño.

En esta dirección, Bettelheim (1976) afirma que las imágenes del cuento de hadas ponen de manifiesto los sentimientos internos del niño y que los personajes ayudan al infante a ordenar y exteriorizar lo que ocurre en su mente. Se entiende, por lo tanto, que las imágenes del cuento se presentan como elementos que permiten al niño detectar y comprender sus propios estados mentales.

Sumado a esto, para lograr una postura reflexiva sobre los contenidos mentales es necesario establecer un distanciamiento de los mismos. (Grell y Lanza, 2014) Esto se puede relacionar con el término “safekeep” (Runberg, 1993) que refiere a la forma en que la “atmósfera vaga” del contenido de los cuentos establece una distancia que crea condiciones de protección para el lector de sus propias experiencias, conflictos y sentimientos. Es posible suponer que el contenido de los cuentos ayuda al niño a establecer una distancia segura de sus propios estados mentales, lo que le posibilita la comprensión y reflexión sobre los mismos.

A su vez, la mentalización permite al niño diferenciar sus propios pensamientos de la realidad exterior. Habilita la formación de representaciones mentales, conectando el pensamiento del niño con los elementos del mundo exterior, pero respetando su distancia y diferencia con estos. (Graell, Lanza 2014) A este respecto, es pertinente retomar el vínculo que realiza Gonçalves (2015) entre el acto de escuchar o leer un cuento y juego infantil planteado por Freud (1908). A través del juego o de la lectura de cuentos, el niño crea su mundo y reajusta los elementos que lo componen según sus necesidades. Este proceso le brinda al niño un ambiente seguro para el desarrollo de sus fantasías y al mismo tiempo le permite retornar a la realidad y comprenderla. (Gonçalves, 2015)

En estrecha conexión Winnicott (1971) introduce el concepto de *objeto transicional* para referirse a una zona intermedia donde el niño comienza a distinguir la realidad de la fantasía. Este “lugar” se ofrece como un refugio para el infante, en donde puede jugar, imaginar y crear. Dicho concepto es de crucial importancia para la temática de este trabajo, ya que este objeto o *espacio transicional* es propiciador de los procesos de simbolización y de toda la actividad creativa posterior del individuo. (Gutfreind, 2003)

En esta línea Bergamo Lima (2010) expone en los resultados de su investigación que el trabajo con cuentos posibilita la creación de un *espacio transicional* en los niños. En dicho estudio los niños que trabajaron con cuentos aumentaron su capacidad de simbolización, lograron acceder a sus estados internos y presentaron mejoras en la atención y en la organización psíquica. (Bergamo Lima, 2010)

Se observa además que las posturas de los autores clásicos Freud y Jung sobre los orígenes del cuento popular son muy similares. Ambos autores lo consideran un producto de la fantasía humana comparable al soñar. Y, por lo tanto, al igual que el material onírico, constituyen una herramienta para el acceso a las profundidades de nuestra psique. Estos pensadores concuerdan en que los cuentos populares representan conflictos humanos universales y colectivos. (Jung, 1908; Freud, 1911)

Desde la Psicología Analítica, los cuentos folklóricos, en tanto producto de la fantasía colectiva espontánea, son expresiones directas del pensamiento simbólico que alguna vez ha predominado, tanto en la especie como en el pasado de un solo individuo. Los cuentos de hadas contienen por lo tanto motivos arquetípicos y reflejan la esencia de la estructura de la psique. En consecuencia, estos relatos se consideran una fuente primordial de sabiduría al servicio de la adaptación y del desarrollo humano. (Jung, 1912-1952)

En este sentido Jung (1934) plantea que a partir de las relaciones primarias y en torno a un núcleo arquetípico se configuran los complejos inconscientes que determinan en gran medida la vida consciente. Knox (2004) relaciona la teoría de los complejos Junguiana con los modelos de trabajo interno de Bowlby (1973). Los cuentos de hadas, de igual base o fundamento arquetípico que los complejos, se presentan por lo tanto como expresiones psíquicas que mapean simbólicamente los problemas inconscientes del alma humana (Jung 1935) a partir de lo cual se desprende su valor terapéutico.

En estrecha relación, Jung (1938) afirma que los niños, en su intento por entender la realidad, tienden a figurarse una respuesta a los fenómenos que no logran comprender del todo a través de la producción de símbolos que encuentran un enorme parecido con los que aparecen en los cuentos de hadas. De este modo, los cuentos le ofrecen al niño una imagen del mundo muy alejada de la realidad, pero que se corresponde cabalmente a sus fantasías subjetivas. El autor plantea que a pesar de las explicaciones racionales que los adultos le acercan a los niños, estos siguen prefiriendo soluciones imaginarias o mitológicas. Jung se pregunta entonces si no serán justamente este tipo de respuestas fantasiosas las que convienen al niño en la medida en que no cierran el camino de su imaginación, algo de vital importancia para su desarrollo psíquico. (Jung, 1938)

En la misma línea, Bettelheim (1976) sostiene que las soluciones racionales y realistas que se pueden ofrecer desde el mundo adulto no le alcanzan al infante para aliviar el efecto de sus pulsiones. Por el contrario, el cuento de hadas, ofreciéndole respuestas sobre cómo lidiar con sus conflictos, le sugiere al niño fantasías que no podría crear por sí solo ayudándolo y acompañándolo en su proceso de maduración psicológica. (Bettelheim, 1976)

Por su parte, Freud (1915) expone que el contenido de los cuentos tiene un potencial para representar los deseos reprimidos del lector. Esta representación resulta aceptable porque no es directa. El contenido del cuento logra representar lo reprimido en un marco

seguro establecido por la ficción. (Gutfreind, 2003) Este planteo de Freud se conecta directamente con el uso del cuento como *mediador* en el encuadre clínico, término retomado por varios de los autores mencionados a lo largo de este trabajo.

Finalmente, es posible establecer una continuidad con lo expuesto hasta aquí y los aportes de Kachinovsky (2014) al respecto de la efectividad del cuento como *objeto intermediario* en la complejización del psiquismo. La autora plantea que la función narrativa acompaña los procesos de subjetivación y simbolización del niño, lo que le permite crear espacios de protección personal y apropiarse de su mundo. Los cambios observados en la producción simbólica de los niños en el marco del taller clínico-narrativo reflejan transformaciones en los procesos psíquicos de estos. A través del cuento se le ofrecen al niño verdades alternativas, es decir, nuevas oportunidades para que logre tramitar sus conflictos singulares. (Kachinovsky, 2016)

En síntesis existe un consenso entre los autores mencionados sobre la importancia que los procesos de fantasía, simbolización y subjetivación tienen en el niño para la comprensión de su mundo interno y externo y queda clara la contribución sustancial que en ello pueden aportar los cuentos de hadas. Siguiendo de este modo la tradición de nuestros antepasados, comprendemos ahora desde el marco moderno de la psicología clínica el inestimable valor terapéutico que los cuentos populares continúan ofreciendo al desarrollo psíquico del ser Humano.

Referencias bibliográficas

- Bergamo Lima, R. (2010). O dispositivo contém fadas na clínica com crianças que apresentam déficit de simbolização. [El dispositivo de cuento de hadas en la clínica con niños que presentan un déficit de simbolización] (Tesis de Maestría) Universidad do Vale do Rio dos Sinos, Sao Leopoldo, Brasil. Recuperado de: <http://www.repositorio.jesuita.org.br/bitstream/handle/UNISINOS/2907/RobertaLimaPsicologia.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Berger, K. S. (2007) Psicología del Desarrollo Infancia y Adolescencia Madrid: Editorial Médica Panamericana Cap. 1-2
- Bettelheim, B. (1975). Psicoanálisis de los cuentos de hadas. Barcelona - España, Editorial Crítica 2020
- Birkhäuser-Oeri, S. (1976) La llave de oro. Madres y madrastras en los cuentos infantiles. España-Madrid: Editorial Turner (2010)
- Campbell, J (1991) El poder del mito. Entrevista con Bill Moyers. Editorial Capitán Swing Libros, S.L. Madrid (2015)
- Cousté, G. (2021) Cuentos infantiles, Cuentos de Hadas, su utilización como herramienta con niños en situación de hospitalización. (Tesis de grado) Facultad de Psicología, UdelaR. Montevideo. (2021)
- Dibarboure, M. (2015). La narrativa infantil como estrategia de intervención en niños con restricciones simbólicas. El taller clínico con cuentos en el ámbito escolar (Tesis de Maestría). Facultad de Psicología, UdelaR. Montevideo. Recuperado de <https://www.colibri.udelar.edu.uy/bitstream/123456789/7560/1/Dibarboure,%20Michel.pdf>
- Finger, R. E. y Djambolakdijan, S. (2009). Contos de fadas: de sua origem à clínica contemporânea. [Cuentos de hadas: su origen en la clínica contemporánea] Psicologia em Revista, Belo Horizonte, v. 15, n. 2, p. 132-148. Agosto 2009. Recuperado de <http://pepsic.bvsalud.org/pdf/per/v15n2/v15n2a09.pdf>

Fonagy, P. (1999) Apegos patológicos y acción terapéutica. Aperturas Psicoanalíticas. Revista internacional de psicoanálisis. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=104>

Fonagy, P. (1999) Persistencias transgeneracionales del apego: una nueva teoría. Aperturas Psicoanalíticas. Revista internacional de psicoanálisis. Recuperado de: <https://aperturas.org/articulo.php?articulo=0000086>

Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E., Target, M. (2002) Affect Regulation, Mentalization and the Development of the Self [Regulación Afectiva, Mentalización y Desarrollo del Self] Routledge Taylor & Francis Group. London And New York (2018)

Freud, S (1905) Tres ensayos para una teoría sexual. Obras completas de Sigmund Freud Tomo 2 Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores (2012)

Freud, S. (1908) El poeta y los sueños diurnos. Obras completas de Sigmund Freud Tomo 2 Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores (2012)

Freud, S. (1909) La novela familiar del neurótico. Obras completas de Sigmund Freud Tomo 2 Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores (2012)

Freud, S. (1913) Sueños con temas de cuentos infantiles. Obras completas de Sigmund Freud Tomo 2 Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores (2012)

Freud, S. (1926) Inhibición, síntoma y angustia. Obras completas de Sigmund Freud Tomo 4 Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores (2012)

Gonçalves Borges, R. C. (2015). Conflictos psíquicos en la infancia y cuentos de hadas: los cuentos infantiles como dispositivo de intervención en la práctica clínica. *Subjetividad y procesos cognitivos*, 19(1), p. 131-148.

Graell Amat, A. Lanza Castelli, G. (2014). Mentalización, apego y regulación emocional. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/311807167_Mentalizacion_apego_y_regulacion_emocional

- Gutfreind, C. (2003). O terapeuta e o lobo: a utilização do conto na psicoterapia da criança. [El terapeuta y el lobo: la utilización del cuento en la psicoterapia infantil] Sao Pablo: Casa do Psicólogo, 2003.
- Gutfreind, C. (2007). El potencial terapéutico de los cuentos infantiles: Aplicaciones en psiquiatría infantil. Revista de APPIA, (16), p. 130-138.
- Hinshelwood, R. D. (1989) Diccionario del pensamiento kleiniano. Editorial Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina 1992.
- Huerin, V., Zucchi, A., Duhalde, C., y Mrahad, M. C. (2006). Funcionamiento reflexivo materno y regulación afectiva en la relación madre-hijo. XIII Jornadas de Investigación y Segundo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/000-039/220.pdf>
- Jung, C. G. (1908) Conflictos del alma infantil, Barcelona-Buenos Aires-México Editorial Paidós (1938)
- Jung C. G. (1912-1952), Símbolos de transformación, Obras Completas Tomo 5 Cap. I-II Madrid: Editorial Trotta (2012)
- Jung, C. G. (1921) Definiciones en C.G Jung, Tipos psicológicos, Obras Completas Tomo 6 pp. 429-508 Madrid: Editorial Trotta (2013)
- Jung, C. G. (1931) Psicología Analítica y cosmovisión en C.G Jung, La dinámica de lo inconsciente, Obras Completas Tomo 8 pp. 359-382 Madrid: Editorial Trotta (2004)
- Jung, C. G. (1934) Consideraciones Generales sobre la teoría de los complejos en C.G Jung, La dinámica de lo inconsciente, Obras Completas Tomo 8 pp. 97-109 Madrid: Editorial Trotta (2004)
- Jung, C. G. (1935) Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo en C.G Jung, Los arquetipos y lo inconsciente colectivo. Obras Completas Tomo 9 pp. 3-40 Madrid: Editorial Trotta (2002)

- Jung, C. G. (1936) El concepto de inconsciente colectivo en C.G Jung, Los arquetipos y lo inconsciente colectivo. Obras Completas Tomo 9 pp. 41-71 Madrid: Editorial Trotta (2002)
- Jung, C. G. (1938) Los aspectos psicológicos del arquetipo de la madre en C.G Jung, Los arquetipos y lo inconsciente colectivo. Obras Completas Tomo 9 pp. 73-103 Madrid: Editorial Trotta (2002)
- Knox, J. (2004) Developmental aspects of analytical psychology: new perspectives from cognitive neuroscience and attachment theory. [Aspectos evolutivos de la Psicología Analítica: nuevas perspectivas desde la neurociencia cognitiva y la teoría del apego.] en Cambray, J. Carter, L. (2004), Analytical Psychology, New York: Routledge, cap.3:56-82
- Kachinovsky, A. (2014). El cuento infantil como objeto intermediario en la complejización del psiquismo. (Tesis de Doctorado). UBA, Buenos Aires, Argentina.
- Kachinovsky, A. (2016). El cuento infantil como objeto intermediario para el psiquismo. Facultad de Psicología - UBA | Investigaciones en Psicología (2016, 21, 1), pp. 35-44 | ISSN 0329-5893
- Kachinovsky, A. & Dibarboure, M. (2017) Intervenciones en psicopedagogía clínica: el taller clínico-narrativo. Revista de Educación y Desarrollo, 40. Enero-marzo de 2017.
- Klein, M (1946). Envidia y gratitud, Cap. Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. Obras Completas, Tomo 3, Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina (1991)
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1976) Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires, Argentina, Editorial Paidós (2004)
- Real Academia Española (2021) Diccionario de la lengua española 23.^a edición (2014) Recuperado de: <https://dle.rae.es/cuento>
- Rodriguez, F. (2019) El uso del cuento infantil en dispositivos terapéuticos psicoanalíticos en Argentina, Brasil y Uruguay. (Tesis de grado) Facultad de Psicología, UdelaR. Montevideo. (2019)

Slade, A. (2009) Mentalizando lo inmentalizable. Criando niños del espectro autista. Revista de la Asociación de Psicoterapia de la República Argentina, 4(2), 2011.

Winnicott, D. (1950) Ideas y definiciones, 1950. Obras Completas Donald Winnicott. Recuperado de: <https://ouricult.files.wordpress.com/2012/06/donald-winnicott-obras-completas.pdf>

Winnicott, D. (1979) Escritos de pediatría y psicoanálisis. Editorial Paidós Psicología Profunda, Barcelona, España. (1999)